NOVELAS CORTAS

CARMEN DE BURGOS

Clásicos escolares

NOVELAS CORTAS

CARMEN DE BURGOS

Clásicos escolares

NOVELAS CORTAS

CARMEN DE BURGOS

Ilustraciones: Pilar Roca

Clásicos escolares

© Ilustraciones: Pilar Roca Requena
© Edición: Consejería de Educación de la Junta de Andalucía
Coordinan: Dirección General de Ordenación y Evaluación Educativa y
Asociación de Editores de Andalucía (Alicia Muñoz)

Diseño gráfico: Forma Comunicación
Maquetación: Ángel González

Edición NO VENAL
Depósito legal: GR-3353-2011
Impreso en España
GRÁFICAS LA MADRAZA - Albolote (Granada)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

ÍNDICE

La mujer fría 7

El artículo 438 63

Los huesos del abuelo 117

LA MUJER FRÍA

La entrada de Blanca en su palco del teatro de la Princesa produjo la expectación que causaba siempre. La atención del público se apartó de la obra para mirarla a ella. De los palcos y las butacas se le dirigían todos los gemelos, y hasta las gentes que no la conocían, las que ocupaban las modestas localidades altas, seguían el movimiento general deslumbrados por aquella belleza.

Alta y esbelta, sus curvas, su silueta toda y su carne eran las de una estatua. Despojándose de su capa blanca como espuma de mar, su escote, su rostro y sus brazos tenían esa tonalidad blanco-azulina que, merced a la luz azul, toman las carnes de las bailarinas rusas cuando forman grupos estatuarios. Era un rostro y un cuerpo de estatua. No había en ella color, sino línea, y esta tan perfecta que bastaba para seducir. Sus cabellos, de un rubio de lino, casi ceniza, contribuían a esa expresión. Las cejas y las pestañas se hacían notar por la sombra más que por

el color, y los labios, pálidos también, se acusaban por el corte puro y gracioso de la boca. Hasta los ojos, grandísimos, brillantes, de un verde límpido y fuerte, lucían como dos magníficas esmeraldas incrustadas en el mármol.

Un traje rojo-naranja, de una tonalidad entre marrón y amarillo, se ceñía a su cuerpo como una llama, y sin embargo, en la retina de todos quedaba la sensación de frío que producían su carne, sus cabellos, sus ojos, y las piedras frías de las esmeraldas que adornaban su garganta con un soberbio collar a «lo disen».

Un caballero la saludaba desde una platea, y ella devolvió el saludo con un ademán gracioso, algo de movimiento de gozne, y con una sutil sonrisa muy femenina que dejó brillar sus dientes alabastrinos con una línea de luz.

—Marcelo la conoce —dijo, volviéndose hacia sus compañeros, un señor de rostro fresco y cabeza calva—. La ha saludado desde el palco de su cuñada.

—Es preciso que nos dé noticias exactas de ella —dijeron casi a un tiempo los jóvenes y los cotorrones que ocupaban aquel proscenio —peña de amigos que se erigen en censores y jueces de todas las bellezas mundanas o de escenario, y no faltan jamás a esos proscenios de abono en todos los teatros, luciendo sus pecheras, sus botonaduras y sus esmóquines, que acusan la última moda en la colocación de un botón o en la variante de una solapa.

—Yo tengo ya noticias de ella —dijo un jovencito delgado, con cabeza de pájaro desplumado que sostuviese los lentes sobre el pico.

—Cuenta.

—Creo que es vascongada y que vivía en un nido de águilas allá en los Pirineos, de donde la sacó un noble francés, millonario, que tuvo el buen gusto de morirse dejándole una inmensa fortuna.

—¿Es viuda?

—Por segunda vez.

—No se descuida para ser tan joven.

—No puede calcularse la edad de una estatua.

—El caso es que ella se dedicó a viajar. Ha estado en la India, en Egipto... y al fin se casó con un noble austriaco, el conde de no sé cuántos, que también ha muerto.

—¡Es una mujer magnífica!

—¡Extraordinaria!

—¡Original!

Los gemelos insistían sobre ella, que seguía indiferente mirando al escenario, mientras la contemplaban.

Cayó el telón. Los hombres se pusieron de pie, lanzando miradas y saludos a todos los lados, pero coincidiendo en la atenta observación de que hacían objeto a la recién venida.

La mayoría acabó por salir al *foyer* a fumar un cigarrillo o a cumplir el deber mundano de ir entre bastidores. Eran pocos los que se habían fijado en la obra.

Corría de boca en boca lo poco que se sabía de aquella mujer, y las damas, que se contentaban, para desentumecerse, con cambiar de sitio en sus palcos, preguntaban a los amigos que iban a saludarlas.

No había más que aquellas noticias: era española, de raza vasca, dos veces viuda, rica, con un nombre ilustre. Se había instalado con lujo en Madrid, en un magnífico hotel rodeado de jardín en la Castellana. Tenía coches y automóviles; se la veía en todos los teatros, pero no recibía ni sostenía relaciones con nadie. Por eso sorprendía la presencia en su palco de don Marcelo, el viejo senador, solterón y galante, que había ido a saludarla y departía con ella, en una actitud obsequiosa y rendida.

Esperaban muchos en los pasillos a que saliese de allí para abordarlo y preguntarle, pero el timbre anunciador de que se iba a levantar el telón sonaba insistente con esa llamada nerviosa, de urgencia, y era preciso ir acomodándose en sus puestos. Marcelo siguió allí todo el acto, con una sonrisa socarrona, como si supiese que lo esperaban y le gustara defraudarlos.

—Esta noche tendré un gran éxito si voy a la Peña o al Casino al salir de aquí —decía—. Basta estar cerca de usted para despertar la curiosidad. No hay ojos en el teatro más que para usted.

—Pues crea que eso me causaría pesar. Estoy deseosa de serenidad, de reposo, de vivir mi vida sin que reparen en mí.

—Es usted demasiado joven y hermosa, señora, para conseguir eso, y sobre todo en estos países meridionales, tan llenos de curiosidad y de pasión.

—¿Olvida usted cómo me llamaban en Viena cuando nos conocimos?

—«La mujer fría». Razón de más para que mis compatriotas, jóvenes y fogosos, se lancen con entusiasmo a la empresa de derretir el hielo. Le aseguro a usted que esta es la vez única en que me alegro de ser viejo.

—No lo comprendo.

—Mi vejez me libra del ridículo de hacerle a usted el amor y de la vergüenza de la derrota.

Rio ella y dijo amable:

—¡Quién sabe! Tal vez el que usted no aborde la empresa me libra a mí del vencimiento.

—¡Oh, esa condescendencia de usted, amiga mía, es el peor de los síntomas! Las mujeres solo hacen esas confesiones delante del hombre a quien no temen.

—Es usted la única persona a quien conozco en España. Me ha causado una sorpresa agradable encontrarlo, pero le ruego a usted que sea discreto, no diga lo poco que sepa de mí; no quisiera que me molestasen aquí con esa curiosidad que me persigue en todas partes y me hace no sentirme a gusto en ninguna.

—Madrid no es a propósito para no ser notada, es como una capital de provincia.

—Es que lo mismo me ha ocurrido en Londres... en París... Es una fatalidad...

Y de pronto, como agitada por un pensamiento triste, su mano enguantada asió el brazo de Marcelo, diciendo:

—Pero, ¿ve usted en mí algo de extraordinario, si no es el ser demasiado rubia, demasiado blanca?...

Él leía en su pensamiento su temor y le respondió con viveza:

—Solo el ser demasiado hermosa.

Sonrió ella, no satisfecha de la cortesía, cuya falta de sinceridad notaba, y se puso de pie.

—¿Se va usted sin acabar la función?

—Sí... no quiero encontrarme al salir con toda esa gente.

Ponía en sus palabras el eco de desprecio que sienten hacia la multitud todos los que son admirados.

Marcelo le ayudó a envolverse en su capa de armiño, con blancor de espuma, y le ofreció el brazo para acompañarla al coche. Al entrar encontró a todos los amigos, que habían dejado su palco. Lo acogieron con preguntas.

—¿Quién es?

—¿Dónde se ha ido?

—¿Qué sabes de ella?

—¿Me presentarás?

Él, ante aquella curiosidad de jauría sobre una pista, sintió algo de descontento hacia unas costumbres, que fueron las suyas siempre, al recordar el temor y la molestia de la mujer perseguida, y se propuso ser discreto. No diría las versiones que acerca de ella había escuchado en Austria. Se limitó a responder:

—La conocí con su marido en Viena, es la señora viuda de Hozenchis. Una millonaria muy guapa, como habrán ustedes podido observar.

—Magnífica... pero extraña... causa una sensación inexplicable... de frío...

—¡Bah! ¡Imaginaciones! Que es un poco más blanca y más rubia que lo ordinario. Eso es todo. Buenas noches.

Y se alejó, después de echar ese jarro de agua helada sobre el entusiasmo de los jóvenes.

II

La curiosidad seguía despierta en torno de aquella mujer elegante, bella, de una belleza tan extraordinaria, que se rodeaba de un misterio impenetrable. No aceptaba jamás ninguna invitación, no recibía ni hacía visitas, iba a los teatros, a los paseos, siempre sola, y de sus fabulosas riquezas daban idea los trenes, el lujo del hotel y sus joyas y sus trajes.

Únicamente don Marcelo era su amigo, el que la visitaba, la acompañaba en su coche y era recibido en su casa y en su mesa. Se veía diariamente asediado por hombres y mujeres que deseaban ser presentados a la misteriosa señora de Hozenchis, pero él se disculpaba siempre. Afectaba una gran familiaridad con ella, y para nombrarla usaba solo su nombre: «Blanca». Al mismo tiempo que se negaba a hacer presentaciones, que le estaban prohibidas, afectaba una gran discreción, que despertaba más la curiosidad. En una de esas confidencias, Marcelo había dejado caer el denominativo de «La mujer fría», que

arraigó instantáneamente. Este apelativo se recordaba en la evocación o en la presencia de Blanca: ponía frío en los ojos. Se diría que llevaba en torno ese halo luminoso que rodea los faroles encendidos en las noches de helada, cuando su luz aparece fría, cuajada, lechosa.

Sus trajes, casi siempre de tonos fríos; sus joyas, en las que no entraban más piedras que los ópalos, las perlas, las esmeraldas, las turquesas y los brillantes, tenían siempre como algo de frío o de fatídico. Al verlas brillar sobre el seno, en la carne de la blanca y compacta opacidad del alabastro, parecían una escarcha que brillaba con la luz.

Los que habían oído su voz decían que era entonada, armoniosa; pero penetrante, con algo de hoja de acero fría y cortante, igual que la mirada de aquellos ojos grandes y verdes, los cuales penetraban como saetas en el corazón, haciendo experimentar al que los miraba un escalofrío en la medula.

Las damas estaban intrigadas por saber qué perfume bien oliente usaba, que tenía una mezcla de oriental y de algo extraño, y dejaba al aspirarlo, cuando pasaba cerca, a pesar de su tenue discreción, la sensación fría del mentol.

Marcelo había prometido enterarse de la marca del perfume a sus sobrinas Edma y Rosa, dos lindos y graciosos diablillos de dieciocho y veintidós años, que lo rodearon ansiosas en cuanto lo vieron entrar en el salón.

—¿Nos traes el secreto?

—¿Qué marca es?

Él sonrió satisfecho, con ese encanto de los buenos viejos que sienten la caricia femenina del perfume de las mujeres bonitas, y repuso:

—¿Por qué tanta curiosidad?

—Porque quisiéramos perfumarnos como ella —dijo Rosa.

—No lo necesitáis, tenéis un perfume de juventud, que se exhala de vuestra carne.

—Sí, sí. Galanterías tuyas —atajó Edma—. Se habla mucho de la belleza de lo natural, de la bondad, de la inocencia; pero yo veo que los hombres gustan más de los labios pintados y sabios. Se dejan a sus virtuosas mujeres por una «perversa». ¿No les llamáis así?

—¡Me asustas, chiquilla! —repuso don Marcelo—, ¿quién te enseña esas teorías?

—Me parece que se ve bastante para que no sea preciso decirnos nada...Yo, por mí, quiero saberlo todo... para que el día que me case no tenga mi marido que ir a buscar nada en otra parte.

—No le haga usted caso, tío, está un poco chiflada, porque se cree que Fernandito está enamorado de la señora de Hoz...

—¡Celos y todo!

Se habían ido acercando al grupo formado por una docena de jóvenes de ambos sexos que tomaban el té. La jovencita le murmuró al oído:

—Sé discreto, tito, por Dios.

Rosa se había acercado a otras cuatro muchachas y hablaba animadamente con ellas.

—Es preciso saber si tiene o no la fórmula —fue el final de aquella deliberación.

—Sí, hijitas, sí la tengo —dijo don Marcelo—; pero es una cosa tan difícil, que es como si nada dijera. Ese perfume de Blanca está sacado de uno de los venenos más activos y sutiles: del acetato de bencyl, que, como ya se sabe, es el que ha servido para la composición de los gases asfixiantes, y que mediante una costosa operación se convierte en un perfume parecido a la sampaquita de la Arabia.

Las jóvenes se quedaron desconcertadas; verdaderamente era difícil luchar con una mujer que podía emplear tales recursos. Experimentaban como un odio, un deseo de vengarse de ella, de aquella superioridad con la que involuntariamente las humillaba.

—Todo es extraño en esa mujer —dijo una de las jóvenes.

—Y lo más extraño es ella misma —repuso uno de los caballeros—. Yo no conozco nada más original. Es un bloque de mármol con alma.

—Pero —añadió la joven— tal vez hay en esa impresión mucho de lo que ella cuida de aparentar. Entra en la figura que se ha trazado la necesidad de ser hermética. El no dejarse ver de cerca.

—Si yo fuera tan galante como me creen —dijo don Marcelo—, les daría la razón a estas niñas y hablaría mal de «La mujer fría», seguro de que así era agradable y simpático,

pero soy un buen amigo de Blanca y debo hacerle justicia. Tratada es más interesante que vista así de lejos.

—¿Y no da sensación de frialdad?

—La hay siempre en ella; mientras se le habla causa la impresión que se experimenta en la sierra cuando se abre la ventana frente a los picos nevados. Algo frío y tónico que encanta.

—Pero que no da gana de acercarse —añadió burlona Edma.

—No diría yo tanto.

—Es que ella está enamorada de su nombre —añadió otra señora—; se ve que hace por merecerlo en cómo se viste y se adorna. Además, hasta en los movimientos da aspecto de frialdad, se desliza...

—Es que sufre la influencia de su nombre —dijo un joven de mirada inteligente—. Los nombres tienen colores y propiedades. Blanca es un nombre frío.

—¿Y el mío? —preguntó riendo otra jovencita.

—Mercedes es un nombre azul.

—Es que Ernesto es romántico, no hagan ustedes caso de su fantasía —dijo otro elegante.

—En cambio Fernando no dice nada.

La mirada de Edma se fijó celosa sobre él joven. Él alzó la cabeza, de expresión franca y noble, y dijo con sencillez:

—Nada puedo decir de una señora a la que apenas conozco —y añadió, mirando a Edma, como si quisiera tranquilizarla— y que nada me interesa.

Rosita traía la taza de té ya servida a don Marcelo. Este fue a sentarse cerca de una señora un poco opulenta, de grandes ojos negros, diciendo:

—Aquí no tengo miedo de sentir frío.

—Pues usted parece aficionado a la nieve —repuso ella.

—No lo negaré; aunque es regla que no se debe elogiar a una mujer ausente delante de otras, son aquí todas lo bastante bellas e inteligentes para poder hacerlo sin peligro de molestar. Blanca, en la intimidad, es encantadora.

—Es lástima que no se pueda comprobar —dijo Rosa, burlona.

—No lo creas. Hay una ocasión de comprobarlo. He logrado que Blanca acceda a que la presente en esta casa.

El soplo de una sorpresa diferente para las jóvenes y los caballeros pasó por el salón. Don Marcelo se gozó en ella con una larga pausa, y al fin dijo:

—Sí; cuando le pregunté a Blanca el misterio de su perfume, le dije que se trataba de vosotras. Se rio mucho de vuestra curiosidad, y como yo le hablé con entusiasmo de vuestra belleza y le dije que desearía presentaros, ella accedió a venir conmigo. La traeré el próximo día de recepción.

—¡Qué idea! —murmuró Rosa.

—La verdad es que no sabremos qué decirle a esa señora que... hiela las palabras.

—No tengáis cuidado; aunque en Madrid se ha dado en mirar a Blanca como un ser extraño y pensáis que os vais a encontrar en presencia de una monja exclaustrada

que va por primera vez al mundo, Blanca es una mujer distinguida, uña señora dignísima. La sociedad vienesa es severa, y ella era una de las damas más respetables.

Pero las chicas ya no lo oían, se habían juntado todas a deliberar. Era preciso «vestirse», hacer *toilette* para recibir a esa señora y no quedar eclipsadas por ella.

Los jóvenes hablaban también animadamente entre sí. Se veía que estaban contentos, que no faltaría ninguno. Se sentían felices al pensar que iban a descifrar una charada tan difícil y poder pasear la solución entre todo aquel mundo de desocupados que perseguía a Blanca con su curiosidad, quizás, más que por su belleza, por como estaba defendida en su situación de privilegio para ser hermética e inabordable.

III

Curioseaban todos en el gran salón del hotel de Blanca, sorprendidos por aquel extraño estilo de decoración, que no era de ninguna época ni se parecía a nada. Era el salón internacional la mezcla de todos los estilos de todos los tiempos, que se acumulaban allí, sin tomar, a pesar de prodigarse tanto los *bibelots,* aspecto de casa de anticuario o de bazar. Por el contrario, los objetos más distintos se unían de un modo extraño para formar un todo armónico.

Las paredes, laqueadas de azul angélico, estaban cubiertas de cuadros de arte mezclados a cornucopias, terracota de Andrea della Robbia y tapices de Arras y de Gobelinos. En las vitrinas, sobre los vargueños y las cornisas, lucían cristales de Venecia, de Murano, y Galle alternaba con la cerámica de todos los países, pero dominando los amarillos y los azules. Porcelanas chinas, con las flores de almendro deshojándose en su azul de noche; porcelanas de Dinamarca con los barcos de ensueño en el claro azul de espuma de mar en día de sol; porcelanas de Delft con sus holandesitas de blancas tocas en el azul de tempestad. Porcelana de Talavera con su amarillo de rastrojo reseco, o el verde requemado de planta sequeriza y sedienta, que representaban la aridez ardorosa de Castilla.

Sobre todo en los muebles se podía decir que se había suprimido el mueble, de tan desiguales y raros que parecían. Sillones floridos, de ligeras maderas pintadas, de Noruega, cerca del amplio, cómodo, pesante y monacal sillón frailero; y las doradas sillas de Luis XV, las cretonas butaquitas Pompadour, las rallas de seda de María Antonieta y las coronas del Imperio.

Comentaban en voz baja:

—Está demasiado recargado.

—Es un alarde.

—Parece un museo.

Satisfecha la primera curiosidad, se miraron unas a otras. Se habían puesto de acuerdo tácitamente para ir todas de colores claros y de blanco. En el té en casa de

doña Matilde fue vano el alarde de trajes suntuosos, de creaciones de los grandes modistos, en diferentes tonos, que llevaban las señoras. Blanca las venció con su blancura, con su vestido de paño blanco, su gran piel de armiño, su sombrero de tisú y su gran velo de encaje todo en plata. Estaba sugestiva, atrevida. Gracias a esa blancura fría se disimulaba el tono frío de su carnación, de un blanco tan puro que no llevaba diluido ni amarillo ni rosa, solo, quizás, un poco de añil, para dar en algunos cambios de luz el tono violáceo a su carne.

Ahora que todas la imitaban, como cortesanas, ella aparecía vestida de negro, deslumbradora con aquel vestido de crespón chino, que se ceñía a su cuerpo con la flexibilidad del crespón, bordado de oro, de un modo a la par soberbio y fúnebre. Contra todos los usos, era la manga larga y el escote alto. Su mano calzaba guante negro, y su cabeza de piedra con las esmeraldas incrustadas, tenía apariencia de cabeza cortada descansando en el negro pedestal.

Saludaba minando y suprimiendo el ritual. Ni besaba a las damas ni se dejaba besar el guante por los caballeros, sin impedirlo más que con el gesto de tender la mano. Detrás de ella aparecían jugueteando dos docenas de perritos de los más minúsculos, blanquísimos y perfumados con esencias de flores distintas.

—Está usted hermosamente trágica —le dijo don Marcelo.

Ella se estremeció como en un leve tiritón, y sus pupilas palidecieron un poco, declarando:

—No hable usted jamás de tragedia —dijo—; yo soy supersticiosa y creo que las palabras representan seres reales, en vez de imágenes de nuestro cerebro, y que hay evocaciones peligrosas.

—Parece usted andaluza —dijo doña Matilde.

—Es que no son los andaluces los más supersticiosos. Al contrario. Con su luz y con su sol no viven fácilmente los fantasmas. Yo soy del Norte, de la región montañosa, donde todas las leyendas tienen asiento. En cada picacho de los Pirineos vive una bruja.

—O un hada —intervino Ernesto.

Ella rio.

Su risa tenía el eco de las ondas de un glacial chocando unas con otras, sonora como un carillón.

Fue recorriendo los grupos de todos sus invitados; tenía un cumplido y una frase amable para cada uno. Tuvo el buen gusto de hallar encantadores el vestido de raso ciruela bordado en cuentas de madera azul, y el abrigo de piel de topo de doña Matilde, y los graciosos vestidos de las niñas. Edma estaba encantadora con su trajecito a cuadros rojos y negros, y el sombrero pequeñín adornado de una cola de guacamayo; y Rosa, pequeñita y nerviosa con su vestido rosa y su gorrita de seda azul.

—¡Oh, la juventud! —dijo con algo de coquetería, de quien la siente retozar en su sangre—. ¡Qué bellas están con tan poco esfuerzo!

Sabía que era preciso hablar a las señoras de sus trajes o de sus accesorios. A esta le elogió sus plumas *cirée,* a

aquella el «paraíso» de su sombrero negro, a la otra su bolsillo de beis y plata.

Todos jugaban con los perrillos, revoltosos, acariciantes, y se formaban grupos en torno de las diversas mesitas. El perfume tibio del té parecía poner toda su cordialidad en el gran salón, para que todos se sintiesen a gusto. Se establecía esa confianza que genera la merienda, la camaradería de la mesa, y a la que no se llegaría, sin su complicidad, en mucho tiempo.

Blanca, a pesar de su animación, de sus risas, de sus frases oportunas, sentía una preocupación. Sus ojos se volvían con frecuencia hacia la puerta. Al fin dijo:

—Parece que no están aquí todas las personas a quienes tuve el gusto de invitar la tarde pasada.

Se miraron unos a otro, como si se inventariaran, y Ernesto dijo:

—Sí, falta Fernando.

—¿No vendrá?

Edma se adelantó a responder con una audacia extraordinaria:

—Sí, me ha prometido venir a buscarnos.

Sus ojos pardos se fijaban con una expresión de celoso desafío en los ojos verdes, sosteniendo valiente aquel estremecimiento que le producía su frialdad. Blanca se limitó a responder algo secamente:

—Lo celebro.

Nadie había advertido la especie de desafío que se acababa de cruzar entre aquella mujer extraña y dominadora,

y la muchachita sencilla que se aprestaba a defender su amor. Las dos se habían comprendido. Sabían que ellas no se engañaban: que se disputaban a un hombre.

IV

La verja del hotel los separaba del paseo de la Castellana como si los alejase a muchos kilómetros de distancia. Se oían apenas los ecos de los coches que pasaban a aquella hora de la noche con paso perezoso, como si el caballo y el cochero fuesen dormidos y solo velase dentro de ellos la pareja enamorada sumergida en su ensueño, o los románticos que deambulaban envueltos también en el encanto de la noche madrileña o en una evocación de la ciudad legendaria.

Blanca había mandado apagar los focos eléctricos, y el jardín, alumbrado solo por la luna, tenía esas tonalidades de violeta y plata que pone la sombra y la luz de la noche en el campo.

—Estas noches —dijo Fernando, que estaba sentado junto a ella— son mis rivales. En vez de mirarme a mí miras al cielo.

—¡Me gusta tanto ver el cielo! Las estrellas son mis antiguas conocidas. Yo sé los nombres de todas... No saben esta pasión por las estrellas los que no han vivido en la soledad de las montañas o han navegado mucho. Yo he pasado mi niñez entre las fragosidades del Pirineo.

—Sin duda de tanto mirar al cielo han tomado tus ojos esa luz verde y fría. Mientras tú miras las estrellas yo te miro los ojos, que es como mirar al cielo.

—Es que tienen algo que me atraen. Esas estrellas que han servido durante tanto tiempo de guías de viajeros, dan deseo de viajar; se comprende el mito de los Magos siguiendo una estrella como se persigue una quimera.

—O, sustituyendo los términos, como yo persigo tu cariño.

—No eres justo. Sabes que yo te quiero... te he amado quizás antes que tú a mí: desde que te vi en el teatro con don Marcelo aquella noche. Ya sabes que fue solo por ti por lo que me presté a ir a casa de las señoras de Meléndez. ¡Quizás hice mal!

—¿Te arrepientes?

—Me apena saber el estado de esa pobre muchacha que estaba enamorada de ti, y con la que tú has sido ingrato.

—Ingrato, quizás; traidor, no. Yo no le había prometido casarme con ella.

—Pero la amabas.

—La quería. La quería como se quiere a una hermana, a una persona buena, inteligente, familiar, sin esa pasión que quema, que arrastra la vida toda. Esa pasión que tú me has inspirado, y que de no encontrarte, quizás hubiese pasado por la vida sin conocer.

—Entonces te hubieras casado con ella.

—Tal vez sí.

—¿Y no te habías comprometido?

—No. Parecía que algo me hacía presentir que había de llegar «otra mujer».

—Yo siento ser causa de la desesperación de esa niña. Ha venido a verme don Marcelo, mi viejo amigo, que ha dejado de serlo desde que nos amamos, a decirme que esa criatura se muere... La madre quiere venir a suplicarme... hasta ella misma, que piensa que yo acepto tu cariño ofendida por la arrogancia con que ella me lo disputaba.

Fernando se estremeció y la miró ansioso.

—No —dijo ella—, no soy capaz de esa baja pasión, y, sin embargo, no me deben creer capaz del inmenso amor que te tengo cuando vienen a exigirme que renuncie a mi felicidad por la felicidad de otra. ¿Acaso la mía no es tan respetable como la suya? ¿Es que en el amor pueden existir derechos de prioridad o de cualquier clase que sean? No. Es que no comprenden que una mujer que ha sido casada y madre, pueda amar hasta con más vehemencia que una criatura que aun no sabe lo que es el amor.

—Es que mucha gente no se da cuenta de tu amor, Blanca. No olvides que te llaman la «Mujer fría». Creen que esa cosa que hay en tu tipo de augusto, de sereno, que llega a ser helado, se comunica al alma.

Ella guardó silencio.

—Yo mismo —siguió él— no podía esperar que me amases. Te aseguro que de no decírmelo tú, no hubiera sido capaz de confesarte mi amor. Tan alta y tan superior a todas las mujeres te veía.

—¡Oh, no me trates como a una diosa! Es preferible ser mujer. Si me vieras como a una divinidad, estaría perdida.

—Si te he de ser sincero, sentí una especie de dolor al verme amado. Es una confesión que tal vez no debiera hacerte; pero la «Mujer fría», inabordable, me daba la seguridad de que era incapaz de... haber... amado a nadie.

—Y así era... Tú eres mi amor primero y único, Fernando.

—¿Por qué me desesperas entonces?

—No quiero ser tu amante.

—Sé mi esposa.

—No.

—¿Por qué?

—Tengo la seguridad de que el amor se extinguirá al realizarse. Prefiero alejarme llevándolo en mi alma y dejándolo en la tuya.

—Pero eso es una crueldad.

—Menor que la de matar un sentimiento que tanta felicidad nos proporciona.

—¿Pero no comprendes que he puesto en ti toda mi vida?

En el arrebato de su pasión, Fernando se apoderó de las manos de Blanca y las estrechó entre las suyas.

Aquellas manos estaban heladas, yertas; no era la frialdad del mármol ni de la nieve, era la frialdad de la carne helada, la frialdad de la muerte.

Ella quiso esquivarlo, pero él la enlazó por el talle y la apretó entre sus brazos. Parecía vencida, dejaba caer la cabeza sobre su hombro, los cabellos ceniza cosquilleaban

la mejilla de Fernando, semejantes a una lluvia de copos de nieve que le daban una sensación agradable. Besó el rostro helado, iluminado por la luz fría de los ojos de esmeralda y la luz de la luna, que lo hacía un poco cárdeno, poniendo manchas violáceas en la sombra de las facciones. La besaba loco, apasionado, como si quisiera darle calor y vida con sus besos, mientras que sus manos corrían apreciando febriles las magníficas curvas del busto de estatua.

Los ojos se habían entornado, elevando hacia arriba la pupila, que brillaba como un hilo de luz encendida a través de la pequeña abertura: luz de su alma. Bebía él con sus labios aquella luz fría, rostro con rostro, sin lograr darle calor. No sentía el aliento de Blanca. Era como si no respirase... Decidido a consumarse en la pasión, unió sus labios a los suyos... Sus brazos se abrieron, se apartó de ella, que cayó desfallecida en el banco, y se apoyó en el tronco de un eucaliptus para enjugar el sudor que corría por su rostro.

En aquel beso de amor había percibido claramente el vaho frío y pestilente de un cadáver.

Cuando se recobró, quiso disimular su impresión. Al mirarla tan bella, tan blanca, abandonada como en éxtasis, sin haber pronunciado una palabra ni hecho un movimiento, se arrepentía de aquel arranque, hijo de una impresión falsa, seguramente. Era preciso hacerle creer en su caballerosidad, ya qué, contagiado de frío, no podía volver a encontrar los ardores de su pasión.

—Blanca mía —dijo, echándose de rodillas a los pies de la joven, perdóname este arrebato. Ya ves que, a pesar de todo, sé respetarte.

Blanca abrió los ojos. Si hubo pasión primero y dolor o tempestad después en su alma, esta no había transcendido al semblante. Estaba serena, impasible. No le dio una queja ni por su arrebato ni por su cordura.

—La noche es cómplice, con su melancolía, de muchas cosas —dijo—. La melancolía hace más amantes que la alegría. Se duerme la voluntad.

Parecía disculparse de su flaqueza. Sin duda no había notado el verdadero motivo de la súbita cordura de Fernando. Él quiso ser galante y no darse cuenta de la entrega de sí misma que le había hecho.

—Tu voluntad, Blanca, no se duerme nunca, sino cuando está segura de hallarse bien guardada a mi amparo.

Sonrió ella, como si agradeciera el cumplido, y dijo:

—Pero es tarde. Mi reloj de estrellas anuncia el amanecer... Es preciso separarnos.

Se puso de pie, y esta vez fue ella la que le tendió la mano yerta que le produjo la impresión de cadáver, hasta el punto de no atreverse a besarla.

Lo acompañó ella misma, hasta la puerta de la verja, y, como siempre, lo siguió con los gemelos por entre los claros de la yedra, viéndolo detenerse y volver la cabeza de minuto en minuto.

V

Cuando estuvo bastante lejos para no poder ser visto desde el hotel, Fernando se apartó de la acera y fue a sentarse en uno de los grandes sillones de hierro colocados debajo de los árboles de Recoletos, ya casi desiertos a aquella hora. Solo algunos rezagados habían hecho una especie de cama, entre dos de ellos, y dormitaban al fresco, con los chalecos desabrochados y la cabeza descubierta. Ya se habían cerrado los puestecillos de refresco, y aun quedaba en el ambiente esa especie de vibración que resta de la muchedumbre.

Estaba aturdido. Amaba a Blanca con una pasión terrible, avasalladora, capaz de todo. Era como si de las pupilas verdes se desprendiese una chispa fría y magnética que lo encadenase. No tenía vida ni voluntad más que para ella. Su pasión no era solo espiritual, era una pasión física que lo abrasaba y, sin embargo, no podía aspirar a ser satisfecha. Cada vez que se aproximaba a ella, que la tocaba, sentía una quemadura de nieve, pero con una sensación extraña, como si tocase un cadáver. Él no se había dado cuenta de aquel helor al principio de sus relaciones. Pensó que aquel nombre de «La mujer fría», era debido a la clase de belleza inexpresiva y extraña de Blanca, y también a su carácter reservado, retraído, indiferente a los amores que despertaba. En ese sentido tomó su nombre, que llegaba a complacerle. Habría una mayor

gloria en conseguir el amor de una de esas mujeres excepcionales, incapaces de amor. En el fondo del amor de mujeres como Cleopatra o Lucrecia Borgia debía haber algo semejante a una gota de licor celestial que solo pudieran libar hombres contados, hombres que se debieran sentir gloriosos, como los pastores de Atis cuando descendían hasta ellos las diosas para llevarse un hijo de mortal bajo sus ceñidores.

Había sido para él una sorpresa el contacto frío de aquella mujer. De no estar tan enamorado, hubiese huido de ella. La miraba a veces con miedo, con terror. Hoy por vez primera sentía una impresión de asco. No podía dudar que del fondo de aquella boca, de tan débil aliento, salía un olor de entrañas descompuestas. No era ese mal olor vulgar de las personas de aliento impuro, era algo más pavoroso, más repugnante.

Ahora, reconstruyendo la escena en su imaginación, temía que Blanca se hubiera dado cuenta de todo. Acaso no era la primera vez que causaba esa impresión en un enamorado y ya sabía lo que había de suceder. Por eso sin duda su virtud era tan austera, tan vigilante, virtud de fea, a pesar de su belleza. Le mordían los celos. Pensaba que quizás aquella mujer había vivido muchos idilios semejantes, y por eso se negaba a ser suya, queriendo dejarle un ansia y una ilusión insaciada, quizás como venganza de todos los demás que la habían abandonado.

¿Habría sido siempre así, en sus matrimonios y en su maternidad?

Sentía una ansiedad de saber, de profundizar el misterio. No podía dejar de amar a aquella mujer extraordinaria. Era un suplicio, ya varias veces repetido, el de aquella sensación de frío, que al llegar ansioso y temblando de pasión a ella, lo detenía, como una ducha. Le causaba la emoción penosa, extraña, ese frío que había en sus manos, en su rostro, en su carne toda.

Y ahora, que por vez primera había unido los labios a los suyos, se estremecía pensando en la impresión de terror; de repugnancia, que la felicidad soñada le había hecho experimentar.

Al fin se levantó, subió todo el paseo de Recoletos y entró con paso lento en la calle de Alcalá. Al llegar frente al Casino, se cruzó con un caballero que a pesar del calor iba envuelto en un amplio abrigo de cuello subido hasta los ojos que salía del edificio, dirigiéndose hacia un coche. En el aire conoció al viejo senador.

—¡Don Marcelo!

Lo llamaba sin darse cuenta, como un grito de su alma, como un quejido, y tal acento desgarrador había en su voz, que el anciano señor se detuvo, lo miró un momento y, sin contestar, le hizo seña de que lo siguiera. Subió a su coche y con la portezuela abierta, dijo al joven:

—Dispénseme, pero los viejos, aun en verano, necesitamos cuidar el vientecillo de la noche.

—Don Marcelo, quería hablar con usted.

—Pero hijo, la hora no es a propósito, me he entretenido con las cartas esta noche más que de costumbre.

Empezó mal la suerte, me empeñé, sabiendo que como es hembra no es muy constante, y en efecto, he ganado... me he entretenido con el halago. Me muero de sueño y de cansancio.

—¿Dónde podría verlo a usted mañana?

—¿Para qué?

Se escuchó entre los labios del viejo una especie de silbido de indiferencia, esa sílaba «pehs» alargada que tan bien dice la pregunta afirmativa de desprecio: «¿Y a mí qué puede importarme nada tuyo?»

Pero lo miró, y el aspecto del joven era tan pálido, tan conmovido, de un dolor tan sincero, que dijo:

—Bien. El mejor sitio de hablar sin que nos interrumpan es en la propia casa. Venga usted luego a la mía.

—¿A qué hora?

—Me levantaré tarde. A eso de las dos. Buenos días.

El viejo hizo un último signo de despedida y el joven iba a cerrar la portezuela, cuando lo detuvo.

—Después de todo, tal vez sea mejor que suba usted. Estoy algo nervioso y no me dormiré fácilmente. Lo mejor es que demos un paseo por las afueras; contemplaremos uno de estos amaneceres de Madrid y hablaremos. No respondo, cuando me acueste, de dar señales de mí hasta la hora de volver al Casino.

VI

El coche cruzó la Puerta del Sol en su hora de más sombra y soledad, que daba una sensación de ribera con su asfalto espejeante por el rocío. Subió la calle del Arenal, pasó al lado del teatro Real, atravesó la vieja plaza de la Encarnación, donde vive la leyenda de la Edad Media, y poco después entraba en el paseo de Rosales, esa «frontera» de la ciudad que hace a Madrid algo de provincia litoral, como recuerdo de un ancho mar que cubriese la llanura. Los caballos bajaron la cuesta y siguieron el camino de los jardines de María Luisa.

Los dos hombres habían guardado silencio mientras cruzaban las calles. La ciudad, aun dormida, les daba la idea de multitud ante la que debían ocultar su secreto. Callaban de ese modo instintivo con que callan los viajeros que cruzan un túnel. Cuando salieron a la Moncloa, en pleno campo, pareció que los unía una mayor confianza. Se habían borrado las estrellas del cielo y este estaba esclarecido por un gris rosa, luminoso, que parecía escaparse y penetrar bajo los árboles, a través de sus troncos, mientras que en lo alto se refugiaba la sombra al amparo de las copas.

Aquel sitio se prestaba a la confidencia; los jardines de María Luisa ponían algo de más pintoresco al lugar con el nombre de aquella reina de cara de bruja, que retrató Goya, y que sin embargo guardaba cierto prestigio

de amorosa, gracias a su adulterio en las frondas de la Moncloa.

Fernando hizo ante don Marcelo su confesión general. Sabía que lo escuchaba un hombre de mundo y de gran corazón, capaz de comprender aquella pasión loca que se había apoderado de él, trastornándolo hasta el punto de ver casi indiferente los tormentos de la que había elegido para su esposa antes de conocer a Blanca, y con la que lo ligaban tantos años de juventud vividos juntos.

El anciano lo oía tratando de disimular su interés y la especie de complacencia que experimentaba al escuchar aquel lenguaje, que era como la música olvidada que iba despertando ecos y recuerdos en su corazón.

Parecía atento a mirar el paisaje, que se desvelaba y acusaba líneas y colores con mayor brillantez de momento en momento. Cruzaban cerca del coche otros carruajes y automóviles que llevaban a los trasnochadores de la «Casa Camorra».

La mayoría de los coches iban abarrotados de gente; salían de ellos risas y gritos con acentos cansados y falsos; solo se alcanzaba a distinguir las siluetas y las cabezas que se mecían, con la carrera, en un balanceo de peleles.

Cuando cesó de hablar Fernando, don Marcelo le contestó:

—Bien; pero ¿por qué dices todo eso? Es que Blanca te rechaza y vuelves de nuevo a pensar en esa pobre niña que no sabe ocultar su amor y su daño a nadie.

Él vaciló en responder, y don Marcelo añadió:

—Si no es eso, no comprendo qué puedas tener que decirme. No olvides que yo soy tío de Edma, y que me acuso de haber sido, en cierto modo, causa de lo que sucede.

—Es que yo mismo no sé lo que quiero. He llegado a conquistar el amor de Blanca, la adoro, sin dejar de querer a Edma, y cuando ha caído enamorada en mis brazos, la he rechazado, presa de una repulsión inexplicable. No sé si ese sentimiento es hijo de esta dualidad de dos mujeres que hay en mi alma, o si existe algo de real. Es usted la única persona que tiene antecedentes del pasado de Blanca, que puede revelarme algo, y le suplico que no me lo oculte.

Don Marcelo guardaba silencio. El coche había pasado Puerta de Hierro y continuaba en dirección a la Cuesta de las Perdices, como si el cochero se hubiese propuesto llegar al fin del mundo marchando en línea recta, mientras no le dijeran que volviese. Era ya día claro. Todo el cielo ostentaba un celeste suave, incendiando al oriente de rosa y plata, como heraldo del advento del sol. A la derecha se alzaban los montes de El Pardo, a la izquierda el boscaje de la Casa de Campo; cerca del camino, el campo de vegetación rala, de pinos anémicos y achaparrados, de malezas clareonas, entre las que se veían cruzar los conejos con su gracia saltarina, avispados, altas las orejas, como dos zapatillas, y enhiesto el rabillo blanco. De vez en cuando se mezclaba a ellos una bandada de perdices, que en vez de volar saltaban y

corrían pizpiretas. Cruzaban sin miedo, familiarizadas ya con las gentes, como si supiesen su condición de caza de coto real, para creerse inviolables.

Don Marcelo dijo al fin:

—Blanca me había pedido que guardase silencio acerca de lo que de ella supiera, y aunque yo no le había prometido nada, había formado el propósito de callar. ¿No parecerá ahora mi revelación una venganza? A pesar de todo, esa mujer tan rica y tan admirada me causa una gran lástima.

—No comprendo.

—Es una mujer a quien le está vedado el amor. Nadie la ama más que mientras es una promesa.

Fernando no se atrevía a seguir preguntando.

Pasaban entre las ventas situadas a ambos lados de la carretera ofreciéndose a los viajeros. Tocó el anciano la goma destinada a llamar al cochero y ordenó al lacayo, de cara inexpresiva y adormilada, que se acercó a la portezuela:

—Para en la venta de la izquierda.

—Aquí podemos tomar una tortilla al ron y un excelente chocolatito a la española —añadió, dirigiéndose a Fernando— en uno de los gabinetes reservados que dan sobre el jardín. Se goza una vista y un aire deliciosos y podemos hablar a nuestro sabor.

VII

Yo conocí a Blanca en Viena —dijo don Marcelo, mientras movía con su cucharilla el incendio del alcohol, mirando los cambiantes de esencia de llama sutilizada como el espíritu del fuego, que se encendía en lucecillas azules, verdes, moradas y naranjas que parecían arrancarse de la raíz para subir y perderse en el aire—. No sé si comenzar por las impresiones de esta época, o por lo que después he sabido, ordenando los hechos para la mayor comprensión.

—Como usted quiera.

—Bien, entonces comenzaremos por la niñez de Blanca. Su madre y su padre murieron al año de estar casados, a causa de un misterioso mal. Una enfermedad desconocida, que las buenas gentes del Norte creían producida por hechos sobrenaturales, demoniacos o brujos. El caso es que la madre murió al dar a luz una niña, que más que niña era un pedazo de carámbano. Se veía que estaba viva porque abría los ojitos y se movía, pero estaba fría, helada, y por más que la quisieron hacer entrar en calor abrigándola bien, todo fue inútil, jamás dejó de estar fría, con esa frialdad extraña. Ella me contó en su confesión la sorpresa que causó a los médicos la primera vez que le pusieron un termómetro y no le pudieron hacer subir de treinta y cinco grados.

—¿Pero cómo se explican esa cosa tan rara?

—No se la explican. Muchos hubieran querido hacer estudios respecto a ella que no les han dejado realizar. Lo raro es que ese frío que comunica no lo siente ella. Se encuentra bien, a gusto; se puede decir que siendo un glacial, ella no lo sabe, ignora la sensación del frío. Hombre de ciencia ha habido que ha pensado en un extraño organismo de reptil, de sangre fría, en el que ha encarnado una mujer. Otros lo atribuyen a una funesta herencia de la enfermedad misteriosa de sus padres; algunos creen que algún abuelo padeció en la Edad Media un mal extraño que se reprodujo, por el salto atrás, en el padre y que le ha alcanzado a ella. Sea lo que quiera, el fenómeno existe, no se puede negar, lo vemos y lo palpamos. Excusado es decir que para su abuela y las parientas que la criaron todo eran hechizos y obra de encantamiento. Han hecho exorcizar a la pobre criatura cientos de veces; pero la religión ha tenido tan poco éxito como la ciencia.

Mientras hablaba había acabado de comer su tortilla y se fijó en la de su amigo.

—Vamos, Fernando, nada de niñerías. Coma usted eso o no le digo nada más. No espero que usted acabe para tomar mi chocolate, se me enfriaría y ahora está en su punto. Es el más suculento desayuno del mundo, injustamente en desuso. Como obra de frailes, que ya sabían lo que se hacían.

Mientras mojaba los bizcochos en la nata humeante de su taza, siguió:

—Blanca pasó su infancia en un pueblecito vasco, en

la frontera de España, perdido en las estribaciones de los Pirineos. No me acuerdo cómo se llama. La pobre criatura se consumía de hastío en su vieja heredad. Se pasaba el día cuidando sus animalitos predilectos, pollos, conejos, borreguitos. Ella misma corría la montaña para cogerles la hierba y los tallos tiernos, y se daba el caso raro de que los animales la rechazaban de su mano. Le huían los gatos y le aullaban los perros. Claro que no había que pensar en que las madres dejasen a ninguna niña jugar con ella. No le quedaba el recurso de la agricultura. Hubiera querido cuidar y cultivar plantas, pero todas las que tocaba se secaban, y las semillas no nacían. Esto no es tan extraño como parece. Son muchas las mujeres que ejercen esa mala influencia sobre las plantas. En mi país no se las deja entrar en los bancales y en los sementeros, sobre todo en ciertas épocas. En lo de los animales creo que habrá exageración. La pobre Blanca me ha contado las angustias que pasaba cuando iba de paseo por las gargantas y los valles que forman las cordilleras en su país y veía un monte sucederse a otro monte. Se encontraba como perdida y aprisionada en la cadena de los cerros. Por suerte, un noble francés que fue por allí en una cacería se enamoró de ella y se casó. Era viejo, debía ser un tanto degenerado y sádico. Con él, esta mujer de hielo, cuyas funciones vitales no tienen nada de anormal, excepto su falta de temperatura, tuvo dos hijos: uno idiota, que vivió poco tiempo, y otro que a los dos años falleció también de un tumor en el oído. Su marido murió de otro tumor.

Ella estaba sana, pero daba el efecto de esas manzanas podridas que pudren a las que están en contacto con su mal.

—Pero eso es terrible.

—Sí. Viuda y sin dinero, aceptó la mano del conde Hozenchis, un millonario austríaco, ya viudo con un hijo, por eso no tiene ella el título. Le dejó una gran fortuna. Ella no volvió a tener más hijos. Cuando la conocí en Viena era la mujer de moda, deslumbrante con su hermosura y su lujo. Siempre la habían llamado «La mujer fría», pero después de su viudez cambió su nombre, la llamaban por el nombre fatídico que le hizo huir de los lugares donde la conocían, y que me ha rogado, implícitamente, que no dijera.

—¿Pero qué nombre es ese?

—«La muerta viva».

—¡Ah!...

—Veo que no te sorprendes.

—Es mejor que calle usted.

—No, ya es mejor decirlo todo. No se puede condenar en una mujer hermosa y joven, que no tiene hijos, que no ha amado a los maridos que la tomaron como una curiosidad capaz de excitar sus temperamentos gastados, cuya juventud ha transcurrido en el tedio y la soledad, que sienta con vehemencia el deseo de amar. Ella tenía muchos pretendientes. Escogió, romantizó, fue difícil y los empeñó en la lucha... pero no «cayó» con ninguno. Todos la «respetaron», es decir, huyeron cuando se les reveló el frío y el olor a cadáver que había en ese hermoso cuerpo.

—¿No llegó a amarla nadie bastante para hacerse superior a esa fatalidad?

—La muerte rechaza a la vida, es una repugnancia física invencible la que crea. Blanca se hace un imposible para todos los que ella podía amar. Es decir, los sanos de cuerpo y de alma.

—Es terrible eso en una mujer tan hermosa, tan noble, tan espiritual...

—En Viena se habló mucho de este caso. Lo atribuían a la encarnación de un espíritu en el cuerpecito que la madre dio a luz muerto. Según los espiritistas, es un cuerpo de muerta donde vive un espíritu.

—¿Pero y todas las funciones vitales de ese cuerpo, su crecimiento?

—Se las presta el cuerpo astral.

—Yo no creo esas patrañas de los espíritus, y me parece que este es un caso único en el mundo.

—No, querido Fernando. Eso de que «no hay nada nuevo bajo el sol» es una verdad innegable. Todo existe, todo se repite, por poco común que sea. Evidentemente hay muchos casos de estos que no se conocen; pero existe en la historia un precedente conocidísimo, por tratarse nada menos que de una reina.

—¿Cómo?

—Sí. Catalina de Médicis era también una muerta viva. Se quedó huérfana a causa de una extraña enfermedad de sus padres, y el papa Clemente VII, que había concebido el proyecto de casarla con el rey de Francia, cuidó de ella,

apartando de su lado todos los enamorados, aunque para ello tuviera que hacer a su sobrino Hipólito cardenal a los dieciocho años y enviarlo a España. Catalina se casó con Enrique II cuando este no era más que duque de Orleans, y tuvo hijos, a pesar de la repugnancia que por ella sentía su esposo. Fue madre de tres reyes degenerados. Su marido no la repudió porque ella se dio maña a ser la amiga de la favorita Diana de Poitiers, y él lo encontró eso muy cómodo. Pero Catalina de Médicis tenía siempre el cuerpo helado como un muerto, y cuando se quitaba los suntuosos vestidos olía a cadáver.

—¿Y a qué se atribuyó entonces el fenómeno?

—La ciencia no dijo nada. El pueblo la creía poseída del diablo, que ha sido sustituido por nosotros por los avatares y las reencarnaciones. Es igual. Lo cierto es que si no fue el diablo fue un mal espíritu el de esa mujer disoluta, envenenadora, que se gozó en los asesinatos. Hasta sin querer causaba maleficio. Hay quien sostiene que la desgracia de María Estuardo tuvo origen en usar el magnífico collar de perlas de su suegra.

Pero Fernando no oía la digresión histórica, poseído del horror de aquella vida.

VIII

Blanca, envuelta en el amplio peinador de crespón amarillo, con la cabellera ceniza y rizosa cayendo sobre los hombros desnudos, parecía, puesta de pie cerca del balcón, una estatua de piedra cubierta con la túnica de seda. Pero aquella estatua animada sufría un dolor vivísimo, que se reflejaba en la mirada ansiosa y en las pupilas verdes que empañaban las lágrimas como si fuesen cristalinos de escarcha sobre una hoja tierna de árbol.

Se había acostado inquieta y preocupada después de despedir a Fernando en la puerta de la verja. Le quedaba una duda, que más bien creaba ella misma para engañarse. Eran ya muchas las veces que los enamorados huían al robar el primer beso a sus labios fríos. Pero esta vez quería dudar, porque era la vez única que amaba. No había mentido al asegurarle a Fernando que había visto en él su destino el día que lo vio en el teatro en el palco de los señores de Meléndez. Fue por acercarse a él por lo que le había hablado al viejo senador de sus sobrinas y por lo que quiso ir a tomar el té en su casa e invitarlas después a la suya.

El reto celoso de Edma había aumentado su pasión. La joven inexperta le decía así, con su actitud, que Fernando la amaba. Tenía que haberlo notado su novia para estar celosa hasta aquel punto. Había ella buscado a Fernando, lo había atraído, y estaba satisfecha de la pasión que había

despertado en él. Blanca había hecho un alarde de aquella pasión, sin compadecer a su rival, cuyo dolor era más fuerte que ese amor propio de mujer que hace a las desdeñadas aparentar indiferencia. Edma se sentía morir sin el amor de Fernando, y no lo ocultaba. Pasaba los días llorando, sin querer comer ni ir a ninguna parte, sumida en un duelo que estropeaba su salud y su belleza.

Creyendo que eran celos de la joven, don Marcelo había ido a rogarle a Blanca que le devolviera la felicidad cesando de recibir a Fernando. Pero, lejos de lo que esperaba, se encontró frente a una mujer enamorada, decidida a disputar a todos su dicha, a hacer triunfar su pasión pasando por encima de todos los obstáculos, cayese quien cayese, y que hacía callar todas sus razones filosóficas con las frases soberbias de egoísmo que existían en su propio corazón.

—¿Acaso la felicidad ajena es más respetable que la nuestra propia?

Pero por lo mismo que amaba como jamás había amado, su lucha era más empeñada que había sido jamás. No quería entregarse al amor de Fernando, por el miedo de verlo alejarse cuando sus sentidos, su tacto y su olfato sintiesen aquella extraña frialdad de su cuerpo y aquel incomprensible olor. Pensaba que lo mejor era huir, llevarse el recuerdo de su amor, dejarle una imagen de felicidad soñada para mantener siempre la ilusión con la fiebre del amor no satisfecho. Pero no había sabido resistirse a la influencia de aquella pasión poderosa, incitada por el am-

biente de la noche. El perfume de la madreselva y de las magnolias del jardín eran acicate para sus nervios. La magnolia es flor traicionera para el amor, flor sensual, carnosa, incitante... como aquellas estrellas, magnolias de luz, abiertas en el gran magnolio del cielo.

Había dejado que la boca de él se uniese a su boca gimiendo de pasión. Quería engañarse y aceptar la versión de que aquella reacción brusca, súbita, incomprensible en un enamorado, era el triunfo del espíritu caballeresco de Fernando. Se aferraba a la esperanza de que el joven la amaba lo bastante para sobreponerse a toda mala impresión. Si él la amaba con un amor inmenso, como el que ella sentía, sería superior a todas las cosas. Los otros, los que se habían ido, fueron a su lado guiados por el orgullo que atrae en la mujer a la moda. Fueron los conquistadores de ocasión, los amantes frívolos, superficiales, los aspirantes a maridos por su dote o su belleza... Fernando era distinto, era el amor. Tenía la seguridad de que había de volver.

Se engalanó para esperarlo aquella noche siguiente. Su belleza alabastrina, adornada con perlas, estaba soberbiamente realzada. Un frasco entero de perfume de angélica la rodeaba de un aroma intenso, violento, que podía apagar todos los otros olores. Fernando era siempre puntual. En el tiempo que se trataban lo había visto ir a su lado siempre bueno y dulce, sin hacerle esperar nunca. Ella conocía su manera de llamar al timbre. Cuando él tocaba había una vibración extraña que la conmovía toda,

y así lo veía llegar con su sonrisa abierta, franca, sonrisa con olor a romero y madreselva, que lo mismo que el aire de la montaña levantaba el corazón. Era sano de alma de tal manera, que esparcía en torno las sanidades y la alegría. Jamás su cuerpo, insensible a la temperatura, se había estremecido como la noche anterior, cuando pasaron sus manos carnosas y fuertes sobre el bruñido de su piel.

Él tardaba. Blanca sentía la angustia, la zozobra de la espera, mirando impaciente el reloj, pensando cosas descabelladas que podían haberle sucedido, y haciendo proyectos locos para buscarlo.

Al fin, al cabo de media hora de angustia, lo vio detenerse ante la verja. Venía andando despacio, como si lo llevase hacia allí una fuerza superior a su voluntad.

Después de la conversación con don Marcelo, él habría querido alejarse, romper con Blanca de un modo cortés, no volver a exponerse a aquella impresión de muerte cuyo horror no podría vencer. Sin embargo, cada hora que pasaba parecía aumentar su cariño. Ella no tenía culpa de aquellas anomalías de su organismo, de las que quizás no se daba cuenta en toda su gravedad, pues era piadoso ocultárselas, como se oculta su enfermedad a los tísicos y a los cancerosos. Se le aparecía Blanca como una princesa encantada de cuento de hadas, que solo amaría a quien resistiese la prueba para hacer cesar el hechizo. Sin duda los hombres que se habían acercado a ella no la amaron como él, que no vacilaría en darse por entero a su adoración, aunque adquiriera la certeza de

que su sangre estaba contaminada de una dolencia terrible y contagiosa, aunque su organismo anormal no fuese humano, aunque el espíritu amado viviese en una muerta desenterrada, aunque fuese un demonio encamado... todo le daba igual. Era «ella», a fuerza de ser «ella», se materializaba, se tornaba algo incorpóreo, sueño, idea. «Ella», el amor.

Al verla tan bella acabó de olvidarlo todo. Casi se reía de su impresión y de las historias de don Marcelo. Con aquellas supersticiones se influía en el ánimo de las gentes y miraban a Blanca como un ser sobrenatural. Era una anomalía la baja temperatura de su cuerpo, pero no lo bastante para llegar a esas exageraciones que indudablemente propalaban los despechados y las envidiosas de su belleza. Acaso en Catalina de Médicis ocurría el mismo fenómeno y se tejían las leyendas de brujerías, demonios y hechiceras en torno de ella, propaladas por sus enemigos.

Aquella blancura, aquel color admirable, aquella carne apretada cubierta de la piel tan sedosa, tan tersa, tan satinada, avaloraban la belleza de Blanca. Su rubio opaco, limpio, purísimo daba esa sensación de reposo, de frialdad, que contribuía a la leyenda.

Pero a pesar de todo su amor, de todo su entusiasmo, de todos sus propósitos, no pudo disimular el rehílo que agitó su cuerpo cuando ella se apoderó con sus manos heladas de su mano febril para hacerle sentarse a su lado en el diván.

Los envolvía un ambiente de perfumes.

—Has tardado más que de costumbre —le dijo ella cariñosamente—. ¡Hoy que te esperaba más temprano!

En aquellas palabras adivinó él lo que no le decían, la inquietud de toda mujer que ha concedido sus favores y teme haber producido una desilusión. Era una queja a la ingratitud de no haber venido antes a tranquilizarla.

Se apresuró a disculparse con asuntos, ocupaciones, enredos de familia que lo retuvieron hasta última hora.

—Además, quizás soy culpable de haber tenido menos prisa en venir —añadió—, estabas tan en mi corazón, te tenía tan dentro de mi alma, que en algunos momentos no me daba cuenta de que estabas ausente.

—¡Zalamero!

Se sentía feliz, tranquilizada súbitamente.

—¿Quieres tomar un refresco? —le propuso. Él sentía sed, esa sed que precede a los estados angustiosos, pero tenía miedo de tomar nada frío, de aumentar la sensación de frío que lo abrumaba.

—No... yo creo que solo las bebidas calientes quitan el calor.

—Sí, es la última teoría, y la de ir vestido de lana en el verano. Yo tengo la suerte de no ser sensible a los cambios de frío ni de calor... y me siento siempre bien.

Él la oía afanoso de ver si entreveía en sus palabras una explicación del misterio.

—¿No sudas?

—Jamás... pero tampoco siento el frío... Mira, sé hacer un cóctel especial que ha de gustarte. Lo prepararé yo misma.

Tocó el timbre y dio a las doncellas algunas breves órdenes.

Él la miraba complacido. Le gustaba aquella familiaridad que hacía a la mujer bella y admirada como una diosa, algo de mujercita casera.

—Te voy a hacer un ponche ruso —le decía ella, mientras ponía en la coctelera un vaso de coñac, otro de ron, una copita de curaçao, mezclado con unas gotas de amargo Reychaud, jugo de limón y azúcar.

—¡Pero cuánto ingrediente necesitas! —dijo él, mirando complacido la operación.

—Ahora té bien caliente. Con estas rodajitas de limón, que lo perfuman todo. Ya está. Verás cómo te gusta.

—Y tú.

—Yo me voy a preparar otro más simple. Solo zumo de naranja con azúcar y unas gotas de ginebra para aromatizar. No me gusta el alcohol.

—No. Bebe de este.

Quería que bebiera de aquella mezcla de diferentes licores, con la creencia vulgar de que el alcohol, en las diferentes mezclas, marea más. Le gustaría verla beber, tomar aquellos licores que la embriagaran, que le añadiesen con su ardor una nueva gracia, que le incendiasen las venas de un fuego desconocido. ¡Cómo le gustaría ver encenderse sus mejillas y brillar sus ojos, aunque fuese con la lumbre del alcohol!

Ella cedía a probar las copas que él llenaba con demasiada frecuencia, vaciando rápidamente la coctelera. Era

él quien sentía vaguedad en la cabeza, y un nuevo fuego que hacía circular apresuradamente su sangre y latirle las sienes y el corazón apresuradamente.

La veía cada momento más bella, con su *deshabillé* elegante que tenía algo de traje de baile, y dejaba adivinar todos los contornos de su cuerpo de estatua. La hermosa cabeza, de líneas perfectas, sin más color que las esmeraldas de los ojos, se hacía obsesionante con su blancura.

Las ideas se iban borrando de su imaginación, olvidaba el relato de don Marcelo, la leyenda hecha en torno de ella, todo, para no ver más que su belleza y el encanto que lo envolvía.

Recostada en el diván, Blanca parecía ofrecérsele en un dulce abandono. Él sentía cierto miedo en acercarse, un miedo instintivo del que no se daba cuenta.

—¿Qué piensas? —le preguntó ella.

—No sé si debiera decírtelo.

—Dos que se aman no deben ocultarse nada.

—Pienso en que quizás tú has amado a otros hombres.

—No. Te he sido sincera al decirte que he ido al matrimonio impulsada por las circunstancias, por abulia, por falta de un amor, que me hacía aceptar como buenos los enlaces que me ofrecieron.

—Es que yo no tengo celos de tus esposos... otros hombres.

—Nadie había reparado en mí antes del que fue mi marido.

—¿Pero después?

—Tuve pretendientes, flirteos sin importancia... Nunca se formalizó nada... No tienes razón de ser celoso.

Él vaciló un momento, y al fin hizo la pregunta brutal.

—¿Y por qué causa no se formalizaron?

La vio estremecerse y guardar silencio como buscando una respuesta, que no hallaba, desconcertada por su audacia. Al fin repuso:

—Cuando se habla con una señora, se supone siempre, que el no realizarse algún amor ha sido porque ella no ha querido.

Se había alzado y le lanzaba una mirada altiva, fría.

Fernando se estremeció. Había ido muy lejos y temía haber ofendido a Blanca, haberle causado en su amor propio, por su imprudencia, una de esas heridas por las que se desangra el amor.

Se acercó a ella y le cogió la mano. A pesar de su entusiasmo y de su amor, volvió a sentir aquel rehílo de su médula. Lo enervaba aquel frío de la carne que, sin duda por efecto de los relatos, le hacía recordar al cadáver.

Ella tenía los nervios en tensión. Notaba una dureza en sus articulaciones, que no le abandonaba la mano, que hacía una fuerza para no entregársele. Era su espíritu el que estaba apartado de él. Ansioso por conquistar aquel amor que parecía escapársele, hizo un esfuerzo para disimular la mala impresión y depositó un beso en su mano.

—Perdóname, Blanca de mi vida, los celos me vuelven loco. ¡Te quiero tanto!

Pareció conmoverse por la súplica y su cuerpo dejó la actitud de rigidez forzada.

—Blanca mía.

La estrechó contra su pecho, y en vez de buscar sus labios la besó en la frente. Aquel beso le hizo bien. Era como el que tiene fiebre y pone los labios en un mármol, que apaga su ardor y lo alivia.

Blanca callaba, con los ojos entornados, abandonándose en sus brazos. Él, a pesar de su amor, se sentía cohibido. Indudablemente el tacto es uno de los mayores acicates del amor. Tal vez se ama tanto a los niños por ese tacto amoroso de la carne tibia, rosa y blanda, tan suave al tacto. En realidad, no se puede prescindir del tacto para el amor, como no se puede prescindir del timbre de la voz para la simpatía.

La besaba locamente, como si quisiera comunicarle calor con sus besos. Pensó que era preciso acabar con aquellas impresiones, quizás hijas de su estado nervioso, de su preocupación. Era preciso consumarse en la pasión para llegar a una normalidad.

Le cerró los párpados con besos, sintiendo cómo los ojos palpitaban, como palomas bajo sus labios, y llegó ansioso a la boca... ¡El fato a descomposición! ¡Aquello era más fuerte que él, que su pasión, que su voluntad!

Sus brazos se abrieron y se apartó de ella con un gesto involuntario de repulsión.

Reinó un momento de silencio, que rompió un sollozo de Blanca.

Fernando se indignaba consigo mismo. No concebía lo que pasaba en su alma. La seguía amando y deseando locamente, y no podía superar aquella repulsión del tacto y del olfato.

—¿Qué tienes, Blanca?

Lo miró con sus hermosos ojos esmeraldinos, empañados de rocío helado. Había en ellos una expresión de desconsuelo inmenso. Fernando dudaba. ¿Acaso aquella mujer sabía la impresión que le causaba? ¿Era inocente? De un modo o de otro había una crueldad en dejarle conocer sus sentimientos. Los ojos verdes parecían suplicarle que no defraudase su pasión, que la tomara...

—Eres para mí algo tan grande y tan sagrado, que llego a ti temblando de pasión y no puedo vencer el respeto que me inspiras —le dijo, como disculpándose.

Ella no aceptó aquella galantería y le repuso con tristeza:

—No, Fernando, tú me quieres muy poco.

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Lo veo.

—Te equivocas.

—No.

—¿Quieres que te jure?...

—Es inútil... Te lo he dicho muchas veces... Yo debo irme...

—No digas eso.

—Es preciso.

—Yo te seguiría.

—¿Para qué?

—Te he rogado que seas mi esposa.

—Pero yo no he aceptado.

—Sí, tú me has dado tu consentimiento tácitamente, no esquivando mis caricias.

—Es cierto.

—¿Entonces?

—No sé... no sé... Pero hay algo que nos separa. Te veo llegar a mí lleno de amor y retroceder como si estuviese guardada por un espíritu que me defiende.

—Es solo mi respeto, el verte tan superior... El sentirme indigno de ti.

Se había vuelto a acercar y estrechaba de nuevo su mano, decidido a ser superior a todas aquellas sensaciones de neurótico que estaba padeciendo.

Acaso aquel olor que percibía no era más que el olor de su carne de mujer transcendiendo de los perfumes, en contraste con ellos. Tal vez un olor de raza.

Recordaba vagamente en aquel momento que los individuos de ciertos pueblos tienen un olor especial en su carne, en su piel, que los diferencia de los demás. Así los negros de las diferentes tribus se distinguían por el olor de sus cuerpos. Los gitanos tenían un fato especial, diferente de los indios, sus antecesores. Ese olor a carne humana, que se hace insoportable en un local cerrado, que tiene algo del olor caliente de un gallinero, era común a todos. Se podían distinguir las personas, como las flores, por el perfume especial de cada una. El olor de Blanca no era fetidez de aliento, era un olor a descomposición,

extraño, que lo mismo que su frialdad, recordaba a cadáver; pero en el fondo, tal vez no era más que un olor «de raza», acentuado, extraño, que se exageraba entre las esencias. Había que vencer esa fatalidad.

De nuevo unió los labios a sus labios cerrados, profundizó en ellos para besar los dientecillos blancos.

No sabía si es que ella no respiraba o si él contenía el aliento, pero dominaba la sensación, no notaba aquel olor.

Los brazos blancos se habían ceñido en tomo de su cuello como un círculo de hielo, al que ya estaba acostumbrado y no le producía la sensación penosa de otras veces. Lo deslumbraban los ojos abiertos cerca de sus ojos, y se estremecía bajo los besos que los labios frescos y sin color le devolvían...

Quiso beber todo aquel amor, respirarlo, guardarlo dentro de su pecho... y aquel vaho contenido se escapó de nuevo, envolviéndolo, ahogándole, produciéndole una angustia, un mareo insoportables. Quiso vencer la sensación y no pudo. Hizo un esfuerzo para desasirse de Blanca que lo sujetaba enlazado contra su corazón y, hallando una resistencia inconsciente, obedeció al instinto, más fuerte que toda reflexión, y la empujó rechazándola brutalmente para verse libre de ella.

La contempló un instante ovillada sobre el diván, gimiendo. No le dijo nada. ¿Para qué? Parecía que su amor se disipaba con aquel olor como con el amoníaco se disipa la embriaguez. Era imposible tratar de vencer aquella

repugnancia física: en el amor era necesario el halago del olfato y del tacto, quizás como los auxiliares más poderosos.

Se marchó sin decir nada, sin volver la cabeza y sin que ella pronunciase una sola palabra.

EL ARTÍCULO 438

«El marido que sorprendiendo en adulterio a su mujer matase en el acto a esta o al adúltero, o les causara alguna de las lesiones graves, será castigado con la pena de destierro.

»Si les causara lesiones de segunda clase, quedará libre de pena. Estas reglas son aplicables a los padres, en iguales circunstancias, respecto de sus hijas menores de veintitrés años y sus corruptores, mientras aquellas viviesen en la casa paterna.

»El beneficio de este artículo no aprovecha a los que hubieren promovido o facilitado la prostitución de sus mujeres o hijas».

Código Penal

I

La habitación, con los balcones entornados, las cortinas de yute corridas, ofrecía, en su semioscuridad, un refugio agradable contra aquel calor que abrasaba las plantas de la vega y marchitaba la lozana floración de los cármenes.

Tenía algo aquella salita de esas habitaciones de las colonias tropicales, con el suelo de ladrillo rojo, recién fregado, las paredes muy blancas —sin pensar en el terrible reflejo que el cegador sol de Granada arrancaba de ellas— y los muebles de madera, ligeros, sencillos, blancos y perezosos. Todo el adorno eran jardineras, alcarrazas y jarros con ramos de flores, colocados en las hornacinas, que unían su perfume al fuerte olor de jazmines, madreselva, reseda y albahaca que subía del jardín.

—¿Conque, es decir, que te niegas en absoluto? —dijo una voz de hombre, de tono agudo e imperativo, después de un largo silencio.

—Sí —respondió una voz dulce y firme de mujer.

—Muy decidida estás...

—Mucho...

—¿Y si yo te lo exijo?

—Será inútil.

—Me harás cometer un desacierto.

—Peor para ti.

—Parece que hay alguien que te ayuda y te sostiene.

—No lo necesito. En cinco años de casados ha desaparecido cerca de la tercera parte del capital que me dejaron mis padres. Yo tal vez podría resignarme a sufrir la miseria; pero tengo una hija y no tengo el derecho de arruinarla. No cuentes con mi firma en absoluto para nada.

—Parece que me reconvienes como si yo fuese el culpable de que negocios que parecían seguros hubiesen salido mal, contra toda lógica.

—No quiero saber nada de eso. No te recrimino; pero no puedo seguir consintiendo especulaciones que la suerte no acompaña.

—¿Y crees que vamos a vivir con el mismo pie solo con las rentas?

—Me reduciré todo lo que sea preciso... Pero nada más que lo que sea preciso, ¿entiendes?

—¿Y vas a negarme los medios de recuperar lo perdido, de volver a rehacer nuestra fortuna?

—Evito que la perdamos por completo.

—Piensa lo que haces.

—Lo tengo pensado.

—Entonces, como yo no me puedo resignar a vivir en Granada, como un buen Juan que vive del dinero de su mujer, sin trabajar, cosa que no he hecho nunca, pues siempre he tratado de aumentar el capital, con buena o mala suerte, nos iremos de aquí.

—Puedes irte cuando gustes.

—Tú me seguirás.

—¿Y si no quiero?

—Te obligaré. Tú olvidas que yo soy el marido, el hombre. Tengo el derecho de administrar los bienes y de elegir el domicilio que me acomode.

—No quiero salir de Granada.

—¿Qué tienes, que te atrae tanto en ella?

—Que no quiero verme sola, a merced tuya, en tierra extraña.

—¡Linda respuesta! ¡Sola estando con tu marido! Estás obligada a seguirme, y me seguirás.

—¡No quiero! ¡No quiero!...

A pesar de los esfuerzos para conservar la entereza, la voz de la joven, mojada en lágrimas, se estrangulaba en la garganta.

El marido se puso de pie, dio algunos paseos por la estancia, se aproximó a la ventana y la abrió con un movimiento nervioso. Era un hombre muy alto, regular de carnes, de color moreno, con el cabello negro alisado en torno de la frente ancha; la nariz prominente, los labios groseros, un bigote poblado, con las largas guías hacia arriba, y unos ojos grises, indecisos, rodeados de un halo morado, donde se marcaban esas hinchazones y esas arrugas que graban las orgías y el cansancio de los placeres. Era un tipo de hombre guapo y buen mozo, capaz de inspirar ardientes pasiones a mujeres vulgares, pero antipático, repulsivo, con su aire de petulancia y degeneración, para un espíritu un poco delicado.

Ella era una mujercita de estatura regular, de formas finas, redondeadas y graciosas, con esa gracia un poco felina

de las mujeres de Granada, todas ritmo y ondulación. La línea de los hombros era perfecta y unía, por medio de una garganta firme y torneada, el busto a la cabeza de cabellos castaños y ondeados. La tez tenía ese tono pálido y ardiente de las morenas blancas; el rostro, de la misma suavidad de líneas, ofrecía un aspecto de la cándida pureza humana de las vírgenes de los primitivos italianos. Tenía los labios muy rojos, en corazón, gordezuelos y jugosos, y los ojos grandes, pardos, llenos de luz, con las pestañas espesas, arqueadas, sombreándolos intensamente y velando la luz, que se escapaba en un chispear luminoso de puntitos de oro de sus pupilas. La ligera bata blanca, escotada, que se rosaba con el transparente de su carne, permitía admirar el cuerpo armónico y juvenil.

Él se paró frente a ella, la contempló largo rato en silencio, sin conmoverse por su belleza, y al fin, cuando creyó haberla sugestionado lo bastante, al verla temblorosa y sin atreverse a levantar los ojos, dijo:

—Piensa bien lo que haces, María de las Angustias.

—Lo tengo pensado, Alfredo.

—Entonces yo sé lo que he de hacer. Hay que vender los muebles... La niña se quedará en un colegio... Nosotros saldremos para Madrid.

—Yo no me separo de mi hija.

—Es indispensable. Yo no la puedo exponer a las vicisitudes de la suerte que vamos a experimentar nosotros.

—Pero yo no me conformo con todo eso... Tenemos para vivir bien y tranquilos aquí.

—Es una apreciación tuya.

—No dejaré que me quites a mi hija...

—No es quitártela. Soy el hombre, el marido, el padre, y tengo el derecho de educarla como me plazca.

—Pero yo no puedo consentir esto... Has pisado en mí a la mujer... Bien lo sabes... Me has herido en todas mis delicadezas... Me has hecho sufrir... Me has maltratado... Pero no consentiré que me separes de mi hija ni que la arruines... Pediré el divorcio... Acudiré a los Tribunales...

Él soltó una carcajada.

—¡Pobrecilla! ¡El divorcio! ¿Qué puedes alegar contra mí?

—Tú lo sabes, tú lo sabes... Malos tratos..., borracheras..., queridas.

—No seas niña. Nadie es capaz de atestiguar nada de eso. Soy un buen marido que hace ni más ni menos que lo que hacen los demás hombres en mi caso.

—No quiero vivir contigo.

—Pues vivirás, quieras que no...

—Prefiero que me mates.

Ella se levantó, loca de ira, y se abalanzó hacia él, murmurando frases de indignación.

Él la sujetó con fuerza, sin perder la calma.

—No, hija mía. Tú quisieras una escena violenta. Que yo te hiciese daño... Algo que justificara tus quejas... No soy tan tonto... Me marcho y te dejo que pienses con serenidad, que te conviene. Si quieres tenerme a tu lado y administrar tus rentas, estoy conforme. Me someto a tu

voluntad en castigo de haber cargado con una mujer rica y ñoña, como tú eres, habiendo tantas mujeres interesantes.

—¿Eso más?

Él siguió, sin hacer caso de la interrupción:

—Si quieres tener un rasgo de cordura, dame la firma que te pido para vender el cortijo de la Vega... Con ese dinero emprenderé el negocio de la uva en Londres; ya te he explicado lo seguro que es... Puedes venir conmigo.

—¡Oh, no! —exclamó ella con terror—. No he olvidado los otros viajes.

—Que hubiesen sido deliciosos sin tus tonterías de provinciana, de mujer sin cultura y sin distinción... ¡Después de todo, no es culpa tuya! Si quieres, te quedas aquí... Tengo confianza en ti. Pero esto es la separación.

—¿Tardarías mucho en volver?

—Mucho. Aquello, una vez comenzado, no se puede dejar. Haría alguna que otra escapadilla, por verte... Ya sabes que, a pesar de todo, te quiero... No hay otra como tú para mí...

Intentó acariciarla y ella retrocedió.

—¿Me guardas rencor?

—No, no es eso... ¿De modo que tú vivirías en Londres y yo aquí?

—Sí.

—¿Y... Y... me dejarías tranquila?

—Si tú lo deseas...

—Prométemelo...

—Te lo prometo.

Ella meditó.

—Alfredo, tengo tanto deseo de tranquilidad, que te daría esa firma si supiera que me cumplías esto... Pero no te creo...

—Te juro cumplirlo, ya que tanto te pesa tenerme a tu lado.

—Tú sabes que después de lo sucedido entre nosotros, yo no te puedo amar.

—Bueno. Hagamos el trato de la separación amistosa.

—¿Y no pedirás luego el sacrificio de otra finca?

—¡Te juro, también, que no!

—¿Y será cierto que te vas?

—No lo dudes.

—Entonces..., entonces... Tal vez me atreva a comprar mi tranquilidad... de esta manera.

—Pues firma, y no te molesto más.

—No. Ahora no. Déjame pensarlo... Vete... Hasta mañana.

Alfredo tuvo una sonrisa de triunfo y salió de la estancia. María de las Angustias se dejó caer de nuevo en la mecedora, y tapándose el rostro con las manos, pequeñas y ensortijadas, exclamó con desesperación:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué no he de poder yo romper este lazo?

II

María de las Angustias era la víctima de las leyes y las costumbres españolas. Hija única de una familia distinguida, la habían educado de la manera que se acostumbra a educar las hijas en Andalucía. Sus padres, millonarios, poseedores de una de las primeras fortunas de la provincia, habían procurado que la niña tuviese una ignorancia absoluta de todas las cosas del mundo. Toda la infancia la pasó María de las Angustias en una finca que poseían en Motril, a orillas del mar, sin tratar más que a las hijas de los aldeanos, que miraban a sus padres con el respeto que los andaluces guardan al amo, como una reminiscencia de los tiempos feudales. Ella era la pequeña tirana a la que todos obedecían; la señorita, con la que no se atrevían a familiarizarse. No tuvo amigas, sino servidoras, y no vivió la vida en el concierto de las demás gentes, sino una vida aparte. Aquel ambiente, aquella soledad moral, de la que no se daba cuenta, la hicieron hermética. Elaboró sueños que escondió dentro de su alma y anhelos que se fueron reconcentrando en ella de un modo apasionado.

Cuando, con sus dieciséis años, la llevaron a Granada, tomó el barniz externo de la escasa sociedad que la dejaban frecuentar, por ese poder de asimilación que hay en las mujeres; pero en el fondo permaneció inadaptable, entregada a su fantasía. No tenía amigas, no frecuentaba reuniones; salía solo con su madre para ir a misa y al rosario

en las Angustias, a pasear en coche por la Alhambra o por los paseos del Salón y la Bomba, o algunas noches a dar la vuelta por la plaza de Bibarrambla y la Carrera del Darro, para ver los escaparates.

Y en aquel país de mujeres bellas, su belleza llamaba la atención. Los piropos brotaban como flores a su paso, y cada día la seguían en la calle media docena de muchachos. Llovían cartas de declaración; la acera fronteriza al carmen donde moraba tenía siempre guardia de honor, de la multitud de pretendientes que por allí rondaban, paseando sin cansarse de un extremo a otro de la acera. Ella no los veía más que desde su balcón, por encima de la verja que daba entrada al cuadro de jardín que había delante de la casa. Los confundía a todos, no pudiendo tratar a ninguno, y no llegaba a enamorarse de nadie. Ella necesitaba conocer y estimar a alguno para elegir y los padres la separaban del trato de todos, reservándose el buscar ellos el marido conveniente cuando juzgasen que había llegado la edad a propósito.

Alfredo fue el forastero. Se abrió su corazón con el prestigio del forastero. Vio su nombre en los periódicos y lo contempló triunfante la noche en que daba una conferencia en el teatro. Él era el héroe de la fiesta y atraía la atención de todas las muchachas con sus grandes bigotes a lo káiser, su aire fanfarrón, vestido de esmoquin, con botones de brillantes y el pañuelo en punta saliendo como una flor del bolsillo izquierdo. Le agradó, sobre todo, por un sentimiento de orgullo satisfecho. Todas

las muchachas se esforzaban por hacerse notar del forastero y él la prefirió entre todas. Solo tuvo ojos para ella... Fue un triunfo que le agradeció en el fondo de su alma, con puerilidad femenina. El placer de ver celosos a sus pretendientes y eclipsadas a sus rivales.

Pensaba ahora en el absurdo de aquellos dos primeros años de su matrimonio, viviendo sus padres, cuando su marido se negaba a admitir nada más que el modesto sueldo de secretario de su suegro para sus gastos personales. Bien es verdad que vivían en el carmen, con criados, coches, automóviles y todo el lujo habitual, que suponía un gasto de muchos miles de duros al año. Por fortuna no engañó al suegro aquella hipocresía y dejó bien arreglado el testamento para que no pudiese disponer del capital de la hija.

En cuanto se vio dueño había cambiado de conducta. Primero quiso que ella lo siguiera en su vida de depravación y de lujo. Todo cuanto podía hacer para corromper su espíritu lo ensayó cínica y meditadamente; hasta que, convencido de la incorruptibilidad de su mujer, se desentendió de ella para alternar libremente con amigos degenerados y mujeres de baja estofa.

Recordaba aquellas noches de pesadilla en las que, amándole aún, le esperaba en vano. Su dolor, su desconcierto de verlo beodo, grosero, brutal, cuando supo que tenía queridas, no le inspiró ya celos, sino asco. Fue por entonces cuando nació su hija. Su corazón, libre del amor del marido, se refugió en aquel nuevo amor. Sentía en su

alma aletear la pasión romántica y sensual con todas las ansias incumplidas; pero se abrazaba al amor de la hija con el ardor y la fe con que los místicos se abrazan a la cruz. Aquella criaturita blanda y rosa, de grandes ojos turquesa, era su defensa y su fortaleza.

Fue la madre la que tuvo perseverancia para revisar papeles y cuentas mientras él se entregaba a sus diversiones, y así pudo darse cuenta del estado de su fortuna.

Fuerte en su decisión, curada de la pasión imaginativa que su marido le había inspirado, llena de asco y de desprecio, compraba su libertad, dando a Alfredo repetidas veces la firma para que vendiese fábricas o propiedades con el fin —según le decía— de emprender otros negocios más lucrativos.

Mientras duraba el dinero, él la dejaba en paz. Al acabarse, volvía, se fingía apasionado, reclamaba sus derechos de esposo y, exasperado por sus negativas, la maltrataba, la insultaba, le hacía sufrir sus borracheras, de alcohol unas veces y otras de éter y de morfina.

Luchaba por corromperla, por hacerla partícipe de sus vicios, y ante la triste serenidad de la joven se desesperaba y llegaba a todas las violencias.

Era él quien procuraba pervertirla, presentándole amigos, haciéndole alternar con gentes inmorales, humillándola delante de mujerzuelas cuyo trato le imponía. Se veía aislada, sola; no tenía ninguna verdadera amiga, porque las costumbres de su marido habían alejado a toda la severa sociedad que frecuentaban sus padres. Los criados

eran todos hechura de Alfredo. Él había ido despidiendo uno a uno a todos los antiguos servidores sustituyéndolos por otros, que le obedecían ciegamente, comprados a fuerza de dádivas, y que la aborrecían a ella por la disciplina que imponía en la casa y a la que se veían obligados a someterse.

En aquellas condiciones aceptaba de buen grado firmar cuanto él quisiese por tal de verse sola, libre de aquel tormento. Al mismo tiempo sentía un remordimiento que se apoderaba de ella. ¿Tenía derecho, por aquel egoísmo suyo de paz y de sosiego, a dejar que arruinasen a su hija? ¿No era su deber luchar por aquella criatura de la que no se ocupaba el padre?

Alfredo fingía querer a la niña. La zarandeaba, la besuqueaba, hablaba de sus gracias y del amor que por la criaturita sentía; pero a sus solas no se ocupaba para nada de ella. María de las Angustias tenía la certeza de que era ella sola la llamada a velar por su hija. Eso le daba mayor energía.

III

María de las Angustias salió a pie, la cabeza cubierta por el velo, y se deslizó por las calles más solitarias, en dirección al paseo de las Angustias, donde estaba el templo de la Patrona. Entró apresuradamente en las altas bóvedas llenas de sombras y se encaminó a la pila de agua

bendita, buscando con los ojos algo que no tardó en encontrar. Un hombre estaba allí de pie y se adelantó a ofrecerle el agua, que ella tomó, rozando apenas la punta de sus dedos, y sin mirarlo hizo una ligera inclinación de cabeza y paso presurosa, cuidando de no tropezar con las sillas y los reclinatorios que invadían todo el templo, para ir a arrodillarse ante el altar donde, en su camarín, resplandeciente de luces, estaba la imagen venerada de los granadinos.

Se persignó, clavó los ojos en la imagen y quedó como hipnotizada por el brillo que desprendía la alta corona, la pedrería de su manto bordado, entre las luces y las flores del camarín. Parecía un triángulo la imagen, con la cabecita pequeña, acabando en un ángulo, y el ensanche fastuoso de las ropas de brocado. Su gesto triste mostraba su dolor y su miseria entre tantas galas, mientras posaba la mirada en el cuerpo de aquel Cristo muerto, caído en sus brazos, como el niño que se acuesta en el regazo materno.

María de las Angustias quería rezar y pedir auxilio a la Virgen de su nombre en su tribulación; pero su pensamiento se distraía. Sentía sobre su cabeza el calor de una mirada que se fijaba en ella, insistente, y su oración fluía de un modo mecánico, sin el ardor que hubiera querido poner en ella, y la confianza que el ser la divinidad una mujer dolorosa le inspiraba. Nunca un Dios risueño y feliz atraería a los desdichados.

Poco a poco se sentía adormecer, como consolada en la atmósfera del templo, de sombra espesa, con el olor

especial de las iglesias, mezcla de incienso desvanecido, de cera quemada, de luces de aceite, de flores marchitas en los jarros y del vaho de las gentes que sin cesar entraban y salían con la piadosa costumbre de la visita a las Angustias, que era aún tan habitual en Granada.

Casi todas las señoras que volvían de los paseos paraban sus coches a la puerta de la iglesia, y muchas salían de sus casas, dando un momento de tregua a sus tareas, para cumplir con aquella consoladora visita. Se sentían más felices después de saludar a la imagen, cubierta de seda, oro y pedrería, inmóvil e inmutable, simbolizando el más agudo de los dolores.

No faltaba gran número de hombres entre la concurrencia. De allí habían salido no pocos matrimonios, entre personas que se conocieron en el templo o que se amaron o se reconciliaron al encontrarse allí.

Bien es verdad que, a pesar de la devoción, se daban los enamorados citas expresas o tácitas en el templo. Más de un amor culpable aprovechaba la ocasión que se le ofrecía para sus entrevistas.

Resonaban los pasos de los visitantes de un modo atronador, con un ruido cóncavo, que se repetía y se quebraba en las aristas de las bóvedas. Los golpes de las sillas al moverse, de las puertas al cerrarse, formaban un estruendo que repercutía de nave en nave.

María de las Angustias seguía sintiendo la mirada de aquel hombre abrasarle la nuca. No sabía quién era, y ya llevaba un mes de encontrarlo allí todos los días. Iba por

ella, no le cabía duda; le ofrecía el agua bendita al entrar y al salir, y oía luego sus pasos a distancia, acompañándola y protegiéndola hasta llegar a su casa.

La unía una gran simpatía a aquel hombre de fisonomía abierta, franca, y hermosos ojos oscuros y leales.

Nunca le había dicho nada y ella sabía que estaba allí por ella, que la conocía y la amaba. No sabía quién era él. Se indignaba consigo misma por aquella impresión que experimentaba; pero todos los días encontraba disculpa para acudir a la cita. ¿Iba a dejar de ir a rezar a la Virgen? Se proponía no tomar el agua que su desconocido le ofreciera y humillarlo con un gesto de orgullo y de altivez... Sin embargo, sus ojos lo buscaban y su mano se tendía para humedecer los dedos en el agua que él le ofrecía. Después, nada. No volvía la cabeza, no cambiaban una sonrisa, no se permitía él la más ligera familiaridad. Solo el ruido de sus pasos, siempre a igual distancia, le advertía que era seguida. Sin darse cuenta, el recuerdo de aquel hombre acudía a su memoria como un consuelo, frente a las exigencias del marido. Se sentía como menos sola, como protegida por él, y tenía miedo de perder aquella impresión tan dulce.

—El día en que me hable lo rechazaré, y entonces él se irá y no volveré a verlo —pensaba con miedo.

Por estar cerca de él prolongaba su estancia en la iglesia. Escuchaba aquellas alabanzas que el sacerdote recitaba con acento mecánico a la pobre Virgen angustiada:

Rosa mística;
Torre de David;
Torre de oro;
Arca de la Alianza;
Puerta del cielo;
Estrella de la mañana;
Salud de los enfermos;
Refugio de los pecadores.

Y encontraba grato el plural de la súplica que repetían a coro, y que parecía unirla más y más al desconocido.

—Ruega por nosotros.

—Ruega por nosotros.

—Ruega por nosotros.

IV

Cuando salió, él no estaba allí. Se detuvo un momento para tomar el agua, como si esperase que viniera a dársela, y dejó el templo con el corazón triste y oprimido. Lo buscó con la mirada en la calle, y durante el trayecto que la separaba de su casa volvió varias veces la cabeza.

—No está...No está... —pensó con dolor, y añadió, queriendo engañarse a sí misma:— ¿Qué me debe importar esto? Tiene que suceder.

Cuando entró en su casa fue al tocador, se quitó la mantilla y preguntó a la doncella:

—¿Y la niña?

—Está en el comedor, con el señorito.

Se sorprendió un poco de la rápida vuelta de su esposo, y aunque no dijo nada, la doncella debió adivinarlo, porque añadió:

—Ha venido con un señor que ha convidado a comer.

—¿Quién es?

—No lo conozco.

Entró en el comedor y tuvo que contener una exclamación de sorpresa. Él estaba allí.

Lo presentó su marido:

—Mi amigo Jaime González, un antiguo compañero, al que quiero fraternalmente y que no sabía que estuviese en Granada. Te ruego que lo trates como de la familia.

Ella tendió la mano y sus dedos se tocaron tan levemente como cuando le ofrecía el agua bendita.

Por fortuna la niña le alargaba los bracitos y María de las Angustias pudo esconder su rostro entre los vestiditos blancos y rosa.

Se sentaron a la mesa y Jaime habló con un reposo, con una naturalidad que le comunicó serenidad. Él era granadino. Sus padres, labradores ricos, lo habían enviado a estudiar a Madrid, con ese empeño de los labriegos andaluces de librar a sus hijos de la esclavitud de la tierra. Había vuelto a Granada después de quince años de ausencia, y no sabía aún si marcharse de nuevo o si quedarse allí.

—Debes quedarte —dijo Alfredo con apresuramiento—. Yo me pienso marchar a Inglaterra y me iría más tranquilo si tú estuvieses aquí para velar por María de las Angustias y la niña.

Cuando sirvieron el café, Alfredo miró al reloj.

—Necesito marcharme. Tengo una cita... ¡Cuánto lo siento!... Pero tú, Jaime, puedes quedarte acompañando a María de las Angustias. Quiero que os tratéis como hermanos.

—Es para mí un honor —dijo Jaime, poniéndose de pie—, y te lo agradezco infinito; pero esta noche tengo yo también una ocupación urgente..., y ya iba a pedir permiso a esta señora para retirarme.

Se despidió y salió antes de que Alfredo pudiera detenerlo.

Él se volvió hacia su mujer.

—¿Has pensado en nuestro asunto?

—Sí.

—¿Estás dispuesta a darme esa firma?

—Todo lo contrario.

—¿Cómo?

—No quiero que te vayas de mi lado ahora.

Le lanzó una mirada altiva, desdeñosa, y él, a pesar de su cinismo, no se atrevió a insistir. Se veía descubierto en la intención que le había hecho llevar a Jaime a su casa. No era ya la primera vez que presentaba a su mujer amigos que pudiesen interesarla. Le estorbaban su pureza, su dignidad, el buen concepto social de que disfrutaba, para

imponerle mejor su capricho y dominarla más. Si delinquiera estaría completamente a merced suya.

—Entonces se han acabado las contemplaciones —dijo con brutalidad—. Mañana mismo llevaré la niña al colegio. Nos iremos la semana que viene.

Ella lloraba, pero estaba resuelta a sufrirlo todo. Sentía que le interesaba Jaime; que si se quedaba sola al lado suyo no tendría fuerzas para dominar su pasión, y se asustaba de que llegase un día en que, cediendo a una sugestión cualquiera, pudiese perder aquella fuerza moral, en la que se refugiaba y se escondía, dentro de su propio corazón, como un consuelo supremo.

Sentía, además, un desencanto al ver a Jaime en su casa, amigo de su marido, tal vez igual a él en carácter y en costumbres. ¿Para qué había ido? ¿Pensaba que era una mujer vulgar en cuya casa podía introducirse para seducirla? ¿Era una nueva acechanza de Alfredo? De un modo o de otro, ella debía huir de aquel peligro. Era preciso seguir a Alfredo, ser la esclava de él.

—Déjame llevar con nosotros la niña —suplicó.

Él tuvo una sonrisa. Conocía que el amor de madre la haría más fuerte, y contestó con acritud:

—De ninguna manera.

María de las Angustias no pudo contener su dolor y cayó sobre la mecedora sollozando convulsivamente. Estaba hermosa en su agitación, con el desorden de sus ropas y los cabellos sueltos. Él tuvo una idea diabólica. Se acercó a su mujer, le separó cariñosamente las manos de la cara,

la sujetó y comenzó a besarle apasionadamente los hombros, el escote, la garganta, buscando con los suyos sus labios y sus ojos. Ella se debatía, loca de terror, jadeante, forcejeando por escapar a las caricias y suplicando:

—No, no... Déjame, déjame.

Pero él la seguía oprimiendo de un modo brutal.

—¿Dejarte? Eres muy hermosa. Me gustas... Eres mi mujer. Me perteneces... Tienes que ser mía... Es tu obligación.

—No... No...

Trataba de escapar, arañando y mordiendo las manos de su marido. Él la dejó un momento, y ella empezó a limpiarse con el pañuelo la cara y la garganta, como si quisiera borrar los besos.

—¿Tanto te repugno?

Guardó silencio.

—Lo deploro, porque me siento enamorado de nuevo de ti. Reanudaremos la luna de miel.

Se acercaba a ella con un gesto apasionado.

María de las Angustias retrocedió. Había comprendido. Alfredo le iba a imponer la mayor de las torturas. Era mejor acceder a sus deseos de firmar la venta del cortijo. Que se fuera, que la dejase en paz, pasase lo que pasase; todo, menos aguantar aquellas caricias.

—No, Alfredo... Es imposible... Tú lo sabes.. Yo no te amo.

—Yo te amo a ti... Me gustas... Eres mi mujer... Tengo derecho.

—Escucha, Alfredo. Tú deseas irte a Londres... Quieres

mi firma para vender el cortijo de la Vega... Estoy pronta a dártela..., si me dejas en paz.

Él tuvo una sonrisa de satisfacción, y cambiando de aspecto, dijo:

—Bien. Como tú quieras. Pero ya ves que yo había desistido. Eres tú quien me arroja de tu lado.

V

La noche de luna iluminaba dulcemente el bosque de la Alhambra; María de las Angustias y Jaime habían entrado en él por la Puerta de las Granadas, subiendo la cuesta de Gomérez, y se habían internado por las avenidas que conducen al Generalife.

Se apoyaba ella en su brazo y andaba con paso perezoso, la cabeza sobre su hombro, ofreciéndole los labios, mientras caminaban bajo los altos robles, tan espesos y tan altos que parecían clavar en el cielo sus copas bañadas en la plata de la luna.

El agua de la Alhambra, ese agua que hilaron los árabes en los hilillos de millones de surtidores, formaban la sonata de una orquesta de xilófonos, cristalinos y límpidos, al golpear la linfa contra las piedras y las ramas, en un acorde maravilloso.

Abajo, en el fondo de la bóveda de los árboles, la oscuridad era tan profunda que no se distinguían unas a otras

las parejas que cruzaban, buscando el encanto y la soledad de la noche de la Alhambra, escudados por la seguridad de que se gozaba en la ciudad dichosa y honrada, donde se podían cruzar a media noche aquellos senderos solitarios sin peligro de un mal encuentro.

Los primeros días de la partida de Alfredo, los dos amantes habían evitado encontrarse. Luego, el deseo, mas fuerte que su voluntad, les había obligado a buscarse, y desde el primer momento había mediado entre ellos una explicación franca, leal. Habían caído el uno en los brazos del otro de un modo natural, como esposos enamorados que se encuentran después de una larga separación.

Desde aquel día la vida se convirtió para María de las Angustias en un ensueño de felicidad. No sentía remordimiento alguno por entregarse a aquella pasión, moralmente desobligada de su marido. Se sentía alegre, tranquila, confiada, satisfecha de su felicidad y del amor profundo y honrado de que la rodeaba Jaime.

Un banco, en el claro de luna, los invitó al reposo. Se sentaron y ella le rodeó con los brazos el cuello, mientras él la enlazaba por la cintura. La blancura de la luna le daba una palidez de estatua, y sus ojos pardos brillaban como aguas marinas.

—¡Qué hermosa estás, María de las Angustias! —exclamó él—. ¡Si vieras qué miedo tengo de ser tan feliz!

Ella desplegó una sonrisa húmeda y luminosa.

—No pienses más que en nuestro amor, Jaime.

—Por él es por lo que tiemblo. Si ese hombre volviese...

—Me separaría de él. Soy solo tuya... Te juro que no le daría ni un apretón de manos.

—Te creo, porque te conozco. Lo que no me explico es cómo pudiste amar un día a ese hombre.

—No digas eso. Me creía amar, pero era solo el amor lo que yo amaba. He pagado bien cara mi equivocación. ¡He sufrido tanto!

—No me lo cuentes. Yo he adivinado tus padecimientos, las exigencias de ese miserable..., sus malos tratos..., sus groserías. ¡Pobre alma mía! Quisiera poder amarte más para resarcirte de todo eso.

—Ya me has resarcido bastante. Lo he olvidado todo, como un mal sueño. En mi pasado, en mi presente, en mi porvenir, no existen nada más que tú... y mi hija.

—¿Y no ves cuánto hay en tu hija de su padre? A pesar de ser tan pequeña, manifiesta hacia mí y hacia ti misma una hostilidad peligrosa.

—Son las criadas, que le inspiran celos de mi cariño hacia ti. Ya ves que no es justo... Yo la adoro..., la adoro como si fuera hija tuya..., y lo es en realidad, porque era tuyo el ensueño de mi amor aún antes de conocerte.

—Y yo la quiero como una hija también, María de las Angustias; pero me asusta ver a lo que te expongo por mi culpa.

—¿Y por qué yo, que he sido víctima de una equivocación, que la he expiado con mis sufrimientos, no puedo formar un nuevo hogar feliz contigo, con el que amo, con el que me comprende y me hace dichosa?

—Es imposible, porque nuestras leyes no aceptan el divorcio.

—Pero si al menos pudiéramos lograr la separación... Yo no quiero el engaño. Sería incapaz de acariciar a mi marido y venderlo por la espalda. No le amo, y no lo oculto.

—Haces mal. Estamos en un mundo en que la lealtad se considera cinismo, impudicia.

—Y, sin embargo, la verdadera moral es la nuestra.

—¿Quién lo duda?

—¿Y no puedo yo pedir la separación?

—No, porque no hay pruebas y testigos de los malos tratos y de los vicios de tu marido.

—Pero tú sabes, todo el mundo lo sabe, que se emborracha, que me martiriza, que me arruina.

—No es bastante para probar la sevicia.

—Tiene una querida.

—No vive con ella.

—Está siempre con mujeres.

—Eso lo hacen todos los hombres, según dicen ellos.

—¿Y no es motivo el que yo te ame?

—Sería motivo para que él procediera en contra tuya. Te podría llevar al convento o al manicomio, que en los tiempos modernos ha venido a sustituirle.

—Pero tú me defenderías.

—No lo dudes: te defendería hasta morir o matar por ti... Con la ley no podría defenderte.

—¿Por qué?

—Porque la ley la hicieron los hombres y es toda con-

traria a las mujeres; aunque en algún caso como este sea yo, hombre, la primera víctima.

—¿De modo?

—Que tu marido es un inocente y un hombre honrado contra el que nada puedes intentar, a pesar de arruinarte, envilecerte y maltratarte, pasando la vida entre borracheras y mujeres de todas clases.

—¡Es terrible!

—Y en cambio tú tienes el desprecio de la sociedad, porque rechazas a un hombre indigno y correspondes a un amor honrado. Estás a merced del capricho de tu marido, que puede hacerte condenar por adúltera, llevarte a un manicomio, arrancarte tu hija y tu fortuna, y hasta matarte, sin responsabilidad, acogiéndose al artículo 438 del Código Penal, que absuelve a los asesinos de sus esposas si ellas les son infieles.

Ella sintió un escalofrío de terror; pero reponiéndose en el acto, se apretó, en un arranque de pasión, contra el pecho de Jaime, exclamando:

—Maridito, maridito mío: guárdame tú escondidita dentro de tu corazón, y no tendré miedo de nada.

La campana de la Vela, con su sonido lento y evocador, hacía estremecer el silencio del bosque, e interrumpía el martilleo rumoroso y cristalino del agua, avisándoles la hora del regreso. Por si esto no fuese bastante, una ráfaga de viento pasó como una ola invisible, haciendo balancearse los árboles con un rumor de papel de seda.

María de las Angustias se distrajo de su impresión, y,

levantándose para regresar a su carmen, exclamó:

—¡Pobres ruiseñores! Siempre que hay una noche de viento en la Alhambra tengo la impresión de que va a amanecer el bosque cubierto de pajarillos, que caen de los árboles, como caen las hojas de estos olmos, en las que hay más ruiseñores que hojas. Tengo intención de rezar por los pobres pájaros, como se reza por los caminantes en noches de tempestad.

VI

En los primeros meses, María de las Angustias y Jaime se sentían inquietos y turbados. Se daban cuenta de que, a pesar de todo, el marido vivía cerca de ella, afirmando su personalidad en la casa.

Aunque el carmen perteneció a sus mayores, ahora era la casa de don Alfredo Sánchez, a cuyo nombre iban dirigidos todos los asuntos. Hasta ella misma era ya como una propiedad suya. Angustias Lozano de Sánchez.

Lo que más hacía el hogar del marido era la hija, Pepita, que entre sus gracias infantiles sabía decir que quería a papá con los puños y los dientes apretados, para dar idea de la vehemencia, y a Jaime lo quería volado. Lo que indicaba con el gesto de pasar las palmas de la mano, una contra otra, hacia afuera, como el que arroja al viento alguna cosa.

El ama seca ponía un cuidado especial en inculcar a la niña el culto al padre ausente y la frialdad a la madre cercana. Todo lo que le prohibían se lo prohibían en nombre de esta.

—No se puede ir de paseo, porque la mamá no quiere.

—No se come dulce, porque la mamá no quiere.

—No se juega con las muñecas, porque la mamá no quiere.

—Hay que tomar la medicina, porque la mamá lo manda.

—Hay que acostarse, porque mamá lo ha dicho.

En cambio el padre era el dispensador de todas las gracias.

—Cuando venga el papá le traerá bombones a la niña.

—Cuando venga el papá llevará a la niña a pasear en coche.

—El papá le traerá a la niña unos muñecos muy bonitos.

—El papá la llevará al teatro.

—Este traje se lo ha enviado el papá.

Así la criatura se acostumbraba a pensar en el papá como en un ser fantástico y bondadoso. Rezaba ante su retrato, lo besaba, lo acariciaba y procuraba huir de la madre, que representaba todas las severidades. En ocasiones, cuando estaba presente Jaime, sobre todo, Pepita unía los brazos al cuello de la institutriz y no se dejaba acariciar por la madre, envolviendo a ella y a su amante en la misma mirada hostil.

María de las Angustias sentía una amarga tristeza.

—Mi hija también me condenará —pensaba. Pero ocultaba su pensamiento, temiendo molestar a Jaime y decidida a sufrir todas las injusticias, con tal de conservar su cariño, aquella ternura, que la envolvía como agua de baño y la hacía tan dichosa.

—Tengo la certeza —le dijo un día a su amante— de que mi marido lo sabe todo y finge ignorarlo.

—Yo también; y esa actitud suya es lo que me asusta.

—No. Él finge no saberlo con algún designio perverso, no hay duda; pero no le será fácil encontrar la prueba de nuestras relaciones, estando lejos. El testimonio de las criadas es de escaso valor, y de la demás gente, nadie ha visto nada que nos pueda acusar. Que salgamos juntos y que vengas a casa, es natural, habiéndote dejado el encargo de que veles por mí. No existen cartas ni nada que nos condene.

—Es cierto; pero si él viniera, ¿dejaríamos de vernos?

—¡Claro que no!

—¿Dejarías que disfrutase sus derechos de marido?

—¡Ni pensarlo!

—Pues ahí tienes qué fácil le sería buscar y hallar la prueba para condenarnos.

—¿También a ti?

—También. Soy tu cómplice.

—Pero es absurdo que sea delito amarse y darse libremente. No ya solo en este caso, sino en todos. No se puede consentir que las personas sean propiedad unas de otras por toda la vida, que lazos que crea el amor se impongan si el amor pasa.

—Claro. Tú llegas por la pasión al conocimiento de todas esas verdades; pero las gentes han legislado contra la Naturaleza, han creado intereses que la libertad ataca, y todo lo que estás diciendo asusta a los hipócritas como la cosa más inmoral del mundo.

—¡Qué felices deben ser las naciones donde existe el divorcio!

—Se cae en otros abusos; porque no hay ley mala si los hombres son buenos, y viceversa. Pero en todo caso es mejor que entre nosotros.

—¿Por qué no puedo yo pedir la separación?

—Ya te lo he dicho: no hay pruebas.

—Vicios, malos tratos, queridas, prodigalidad.

—Nada puede probarse en el grado suficiente.

—Pero tú puedes hallar algo, tienes talento, conocimientos.

—Que solo me sirven para ver más claramente el peligro que corres.

—Yo he oído hablar de casos en que las leyes se han doblegado por una voluntad firme.

—Esos casos solo se han dado en favor de los hombres. Jamás en favor de la mujer.

Le contó los casos extraordinarios de que un hombre casado se hubiese vuelto a casar allá en América, contando con las leyes de aquellos países libres, que se preocupan más de la población que de la legalidad de las uniones que la producen.

Otro se había casado en Suiza, perdiendo la naciona-

lidad española, para acogerse a las leyes que permiten el divorcio por incompatibilidad de ideas.

—Es decir, que un hombre decidido —concluyó— puede burlar las leyes, hacer lo que le dé la gana, casarse si le parece; pero las mujeres, no. Hasta en estos casos en que ellos se han libertado, ellas siguen casadas y sometidas a su potestad.

—Eso es un absurdo.

—Pero es así. Sobre todo, para las mujeres ricas.

Le contaba casos en los que el dinero, móvil de casamientos sin amor, era el factor más importante. No era solo Alfredo. Maridos que pasaban por serios, por respetables, que ocupaban cargos en la política y en la banca, habían aprovechado la infidelidad de sus mujeres, a veces hipócritamente provocada por ellos mismos, para deshacerse de ellas. No les convenía pedir el divorcio, al que solo recurrían los maridos de mujeres pobres, que deseaban verse libres de su carga. No eran tampoco esa clase de maridos de mujeres ricas de los que llegan al crimen pasional, como los pobres hombres enamorados e ingenuos que se sentían traicionados cuando menos lo esperaban. Ellos se valían fríamente de la ley, para enviar a las esposas a un convento, o bien para considerarlas dementes y relegarlas a un manicomio. No faltaban algunos que tendían hábilmente su red para cogerlas in fraganti y matarlas sin responsabilidad, después de pasar días y días en acecho, con premeditación y alevosía. A veces estaban entendidos el esposo y el amante para tender un lazo a la

pobre mujer. De un modo o de otro, los esposos se quedaban dueños de los bienes y libres para vivir a su capricho.

Asustada por estos ejemplos, María de las Angustias no tenía más deseo que conservar a Alfredo lejos de ella. Quería que fuese feliz, que todo le saliera bien, que se divirtiera y amara a otras mujeres que borrasen su recuerdo.

Por eso no se atrevía a negarse a las constantes peticiones de dinero y de firmas para seguir enajenando sus propiedades.

Cada dos meses llegaba una de aquellas cartas, que María de las Angustias le ocultaba a Jaime: «Si quieres que siga haciendo el sacrificio de estar lejos de ti —le escribía— para salvar nuestra fortuna, envíame, inmediatamente y sin vacilaciones, la autorización de venta de tal o cual propiedad. Si no, me veré precisado a poner fin a esta situación y regresar a tu lado. No te quejes de lo que suceda».

La joven leía entre las líneas de aquella carta el pensamiento de Alfredo, la amenaza envuelta, en la que le daba a entender que lo sabía todo. Comprendía que si se negaba acabaría su felicidad, y así, sugestionada, obedecía siempre a sus demandas, creyéndose segura y dueña de sí mientras no se negase a sus deseos. Era como un contrato establecido entre los dos, por el que ella le compraba su libertad y se sentía tranquila, feliz, encantada del reposo y la dulzura de aquel amor de Jaime hecho de ternura y de bondad.

VII

Así, poco a poco, los dos amantes habían olvidado sus temores. Se habían acostumbrado a convivir, como si fuesen un verdadero matrimonio, sin darse cuenta de lo que existía de anormal en su situación.

Habían llegado a olvidarse del marido. Este no existía para ellos, no tenía razón de existir. Cada vez pasaban más tiempo juntos y con menos recato.

Se habían ido acostumbrando a hacer la vida en común sin darse cuenta. Él se quedaba en el carmen a almorzar y a comer, la acompañaba todo el día y se pasaba la noche a su lado. Solo, por un resto de pudor ante los criados, salía Jaime por la mañana, cuando todos dormían aún, para volver cuando se habían levantado. No veía la especie de hostilidad de toda aquella gente, que se creía humillada con la falta de respeto al dueño; algo así como si la señora les faltase a ellos también y creyera que los engañaba con aquella hipocresía, cuando, después, veían a Jaime entrar en su alcoba, y pasar el día cerca de ella, con una intimidad que no se cuidaban de disimular.

Ninguno de los dos parecía conceder importancia a la atmósfera que se iba haciendo en torno suyo. Se operaba una reacción en favor de su marido. Ya no se hablaba de sus vicios y sus groserías.

—¡Pobre hombre! —decían las comadres en sus murmu-

raciones—. Lo habíamos juzgado mal. Ha tenido que irse y dejarla por no poderla sufrir.

—Pero ella no era así antes —solía decir alguna.

Entonces otra se acercaba para decirle una palabra al oído y le preguntaba después.

—¿Sabes?

Era monstruoso que una mujer se negara a pagar el débito conyugal. ¿Para qué se había casado? Las mujeres que no cumplen su obligación son las responsables de cuanto puede hacer el marido. Seguro que si se confesara no le echarían la absolución.

—Y teniendo una hija —decían, en el colmo del escándalo.

Todas habían dejado de ir a visitarla, y volvían la cabeza para no saludarla en la calle. Se sentían felices de poderse vengar de la superioridad de su belleza, con la superioridad de una virtud que no existía a veces más que gracias al misterio en que envolvían sus deslices o por la fealdad que las había hecho respetables.

En cambio, los hombres se atrevían a dirigirle miradas y frases desacostumbradas, con unas risitas que parecían aguardar su turno.

A veces el rumor de las injurias llegaba a oídos de los amantes.

—La gente es desconsiderada y cruel —decía María de las Angustias—. Ya, porque me ven feliz, no se acuerdan de todo lo que yo he sufrido. Ahora todos compadecen al pobre marido y a la pobre hija. No ven cómo el primero

ha pisoteado mi corazón, mi alma; como ha roto una a una todas las ternuras que se abrían para él en mi espíritu; y lo que más me indigna es que tomen como pretexto para tener razón el nombre de los hijos. Se habla del amor de los hijos para oponerlo a la pasión, sin ver lo distintas que son ambas cosas. Los hijos no nos pueden amar, no nos aman nunca. Pequeños, son incomprensivos, están fuera de nuestros sentimientos y de nuestra vida. Mayores, se separan por el egoísmo poderoso de los suyos. Los adoramos, los protegemos, pero es una pasión toda abnegación, sacrificio, sin reciprocidad. No es en el corazón de los hijos donde puede reposar nuestro corazón agitado; no pueden ser los compañeros en esta época de la vida en que ellos son niños ignorantes y la pasión enciende nuestra sangre. Así como nosotros no los comprenderemos después. ¿Para qué ese absurdo de pretender que la maternidad borre nuestra ansia de amar?

—No es preciso que hagas esos razonamientos delante de mí, María de las Angustias; no necesitas justificarte a mis ojos. Yo te comprendo y te respeto tanto como te amo. Son los otros, los empedernidos, los que no se convencerán nunca. Se puede tocar a todo lo que hay de más respetable en las viejas creencias de la humanidad, con tal de no tocar a la organización de la familia, baluarte de los hipócritas, que se atrincheran en él.

—Bueno. ¿Y que más me da con tal que me quieras tú?

—Ya sabes cómo te adoro.

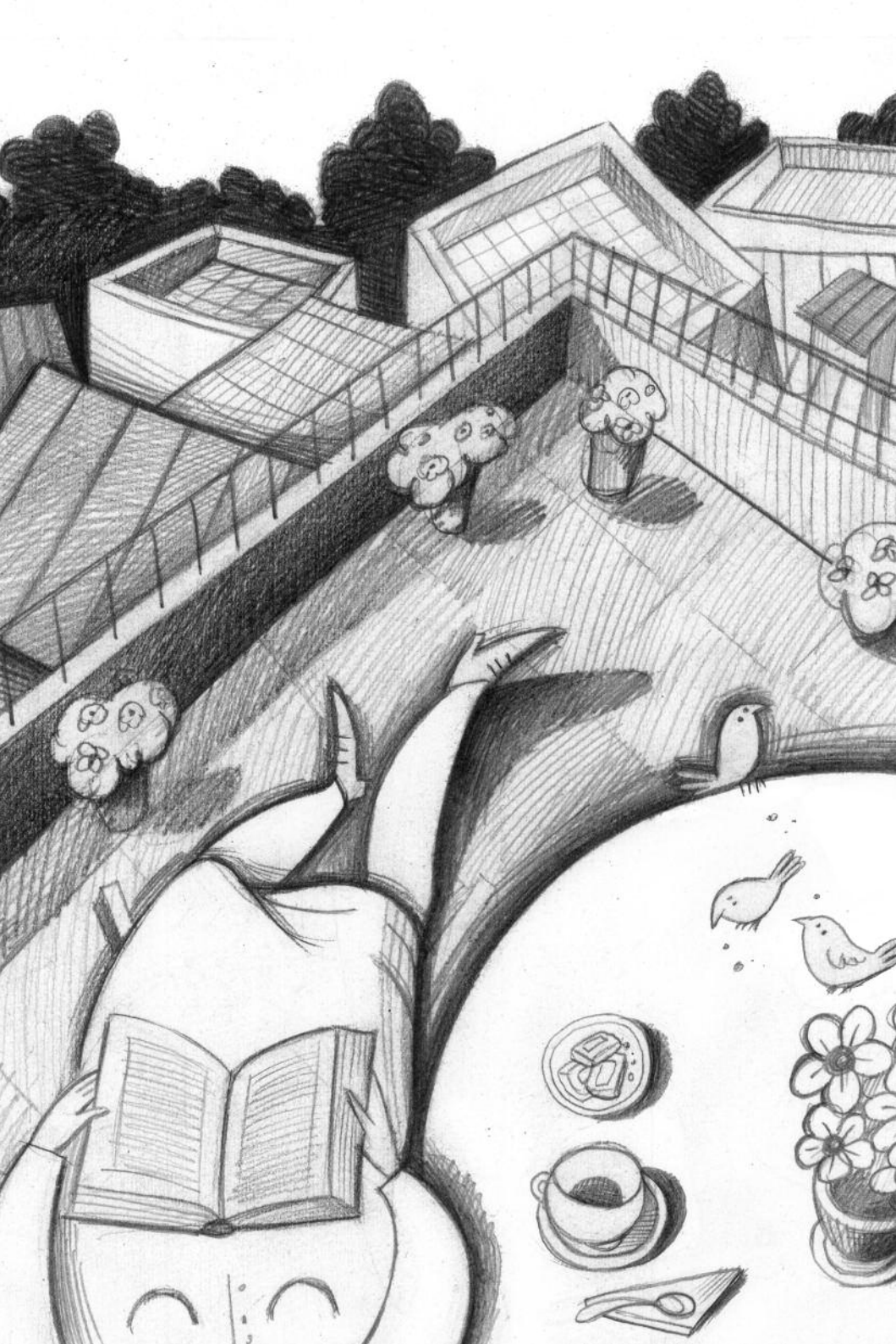
—Eso me hace tan feliz, que en vez de sentir rencor por

todas esas pobres gentes que me censuran, siento una gran piedad. Ellas no son amadas como yo. No conocen esta inmensa felicidad de un cariño como el nuestro.

Todo contribuía allí al optimismo: el ambiente de la ciudad clara; la naturaleza propicia al amor que se respiraba en el carmen. Era la casa hecha para no tener que salir a la calle, para aquella vida moruna y sedentaria. Rodeada de jardín, con jardín en todos los pisos, según la costumbre árabe, aprovechando los desniveles del terreno, todas las habitaciones tenían en las paredes multitud de hornacinas, para colocar ramas de flores y alcarrazas, que daban un aspecto de juventud y alegría.

No salían a la calle las mujeres más que en contadas ocasiones. La belleza estimada era la de las mujeres metiditas en carne, con la piel muy blanca y los cabellos muy lucientes, como las creaba la vida de inmovilidad.

Paseaban por los jardines, y mejor aún por los terrados. La construcción de las casas con terrados era característica de Granada. Lo mismo son en los cortijos de la Vega, en el Albaicín y en las calles pobres de la ciudad; mujeres, hombres y chiquillos desgalichados y harapientos buscaban la solana o la umbría, según la estación, para tenderse en su pereza, contemplativa en apariencia, pero vacía en realidad, sin pensamiento alguno, felices de no sentir su vida y de sentirse vivir. Las mujeres ricas o acomodadas vivían en los terrados y azoteas, donde se ocupaban en una labor que no se acababa nunca, o en la lectura de un libro que se llevaba meses. Los maridos se iban al café, a



conversar con los amigos, y ellas pasaban la vida en sus terrados o en algún rincón del patio-jardín, en su pereza y en su hastío.

María de las Angustias estaba como redimida de ese ambiente. Ella y Jaime pasaban dulcemente la existencia en aquel fondo de casa, donde todo les era conocido y familiar. Se sentían dichosos frente al optimismo de las mañanas claras, en el cenador rodeado de madreselvas y de jazmines, esos jazmines blancos, perfumados, de Andalucía.

Veían a un lado tenderse la Vega, fecundada por el Darro y el Genil, con la exuberancia de los bancales de hortalizas en su sazón, y los campos de mieses que comenzaban a madurar. A su espalda se destacaba el bosque de la Alhambra, como una mancha de verdura, rodeado de las murallas y torreones, centinelas de los palacios que guardaba en su centro.

Allá, a lo lejos, en el fondo, Sierra Nevada, azul pizarra, con el blanco sudario de la tumba de Muley-Hassen en su cima, se confundía con el cielo. Había algo de muy pasional en el ambiente. Aquella naturaleza fuerte, montañosa, incitaba a la pasión. Se respiraba una atmósfera de sensualidad en el olor de las flores, entre cuyos pétalos se incubaba la semilla reproductora. Era todo un poema de pasión de las plantas, que se fecundaban enviándose a distancia besos de polen, de los nenúfares que subían a la superficie de los estanques para cumplir bajo la luz de las estrellas el misterio de su fecundación. Era todo madurez

y plenitud en aquel otoño espléndido. Las higueras, henchidas de savia lechosa, esparcían su olor tónico, cargadas de higos, que se partían y dejaban escapar gotas de almíbar, donde se engendraban millones de mosquitos.

Libaban las guerreras abejas de cobre la miel que se escapaba de las flores y las frutas maduras; abrían las allozas sus conchas velludas para mostrar la madera endurecida que cubría su fruto; las vides, con las ubres de los racimos llenas de zumo, doblaban los sarmientos bajo su peso; se partían las granadas maduras, con sonrisa de coqueta que entre labios jugosos muestra la simetría de sus dientes; los olivos dejaban caer en torno la aceituna, con fuerte olor a óleo; mostraban los maizales la esbeltez de sus cañas, coronadas del florón de sus cabos, llevando en cada nudo una panocha vestida de seda y cubierta por el manto de estameña, bajo el que se vislumbraban las cabelleras de oro.

A la orilla del río gemían los cañaverales, con su melancólico rumor de hojarasca, y los sauces, los enamorados del agua eternamente atormentados por alcanzarla, tendían hacia ella las largas hojas, tentáculos sedientos y ansiosos en su tormento insaciable.

Jaime, hijo de labradores, acostumbrado al campo en su infancia, conocía todas las plantas y experimentaba la influencia del encanto de la Naturaleza, con un deseo de quedar siempre allí, cerca de María de las Angustias, en el ambiente apacible y sano.

—El único defecto de esta casa —decía— es el estar aún demasiado cerca de la ciudad. Es la proximidad de las gentes ciudadanas lo que nos estorba para ser dichosos.

—Yo vivo como si no existiera nada en torno mío más que tú. Eres lo único que llena toda mi vida —respondía ella.

Y en un olvido completo de su situación, hacían planes para el porvenir.

—¿No te irás nunca de mi lado? —preguntaba María de las Angustias.

—Nunca. Me estableceré en Granada y viviremos juntos siempre.

Había en el fondo de los dos como una seguridad de que Alfredo no volvería. Él no amaba a su mujer, se conformaría con tener su dinero; y una vez arruinada no pensaría más en ella. Tenían como la impresión de que un día iban a ser libres y dueños de unir legalmente su destino. Se consideraban ya esposos, unidos por un verdadero amor, por una ternura en que entraban todos los matices de la pasión y de la dulzura de un cariño protector y familiar.

Jaime se ocupaba de la educación de la niña, de sus maestros, de sus estudios, como si se tratase de su propia hija; aconsejaba a María de las Angustias, enseñándole la ciencia de la vida, que ella ignoraba, para conducir su casa y sus asuntos.

Habían hecho el sacrificio de la fortuna de la joven para lograr su tranquilidad; pero Jaime se ocupaba de salvar y hacer producir las cantidades que ella podía eco-

nomizar para lograr una renta segura y modesta que la pusiera a cubierto de la miseria el día que la disipación de Alfredo la llevase al desastre final.

—Esto es solo por tu hija —le decía—; para ti seré yo dichoso trabajando y nada te faltara.

A pesar de su seguridad, de vez en cuando sentían un vago temor.

«¿Convendría alguna vez a los planes de Alfredo volver cerca de su mujer?», se preguntaban a veces. «¿No habría algo que le instara a querer deshacerse de ella?», pensaban otras.

Sin embargo, la vida, poderosa y avasalladora, en su juventud y su pasión, los hacía olvidar todo temor para entregarse a la embriaguez de su cariño, sin pensar en nada que no fueran ellos mismos.

Después de todo —se decían—, no habrá nada capaz de separarnos, y eso es lo único que nos interesa.

Se sentían capaces de defenderse de todo y contra todos escudados por la fuerza de su pasión.

VIII

La noche, blanda y apacible, era calurosa como noche de verano sin que nada hiciese sospechar aun la dureza del invierno, con sus nieves y sus fríos.

Cerradas ya la verja y las puertas, María de las Angustias miraba desde la ventana de su alcoba el jardín iluminado

por la luna, cuya luz blanca formaba con las sombras misteriosas combinaciones. Daba al paisaje un tinte melancólico de misterio, con la luz propicia a los fantasmas. En ocasiones se creía ver cruzar sombras por los senderos solitarios, junto a las tapias y la verja.

Se volvió un poco medrosa; la casa estaba envuelta ya en sombra y silencio. A pesar de la hora temprana; aquella velada le había parecido interminable.

Jaime había tenido que salir para un asunto urgente, cosa que le acontecía pocas veces. Había cenado sola. Trató de leer un rato, entró en a habitación de su hija, que dormía sosegadamente en su camita, cerca del lecho del ama seca, y le dio un beso en la frente.

Inquieta, como atormentada por un presentimiento vago, se retiró a su alcoba. El aspecto del jardín aumentó su malestar.

—Mejor es acostarme —pensó— y esperar que venga Jaime.

Él tenía las llaves para poder llegar a su lado. Se quitó el sencillo traje de casa y se puso la ligera bata de noche, de batista blanca, que se rosaba con la transparencia de su carne, y empezó a deshacerse el peinado ante el espejo. Se sonrió, satisfecha de sentirse hermosa, mucho más hermosa que en su adolescencia, con la belleza de la juventud en todos su fuerza y esplendor.

Había ganado en belleza desde la partida de Alfredo. El amor satisfecho prestaba nueva lozanía a su cuerpo, gallardo y gracioso, al que se asociaba la idea de los clave-

les andaluces. Tenían sus ojos un brillo de dicha y sus ojeras un halo romántico en el que se grababan sus goces de enamorada, para prestar un mayor encanto a su mirada.

Conservó puestos los pendientes, el collar y las sortijas; se perfumó con esencia de jazmín, y dejó encendida la luz, velada de rosa, que esparcía un tono suave sobre las cosas. Por las vidrieras de colores de la ventana entraba la claridad de la luna.

Se adormecía sin quererse dormir. Su amante no podía tardar y sabía cómo él la encontraría hermosa y la envolvería en su cariño.

De pronto creyó oír el ruido de la verja que se abría..., unos pasos..., un cuchicheo... Después, nada...

—¡Jaime!

Llamó con tono quedo y como asustada del eco de su propia voz en el silencio; se tapó la cara con la holanda y los encajes de la sábana. No quería ver las vidrieras, por donde le parecía que un espíritu invisible la acechaba; y al poco rato se adormeció de nuevo, riéndose de sus temores.

Esta vez estaba cierta. Se abría la verja y resonaban pasos quedos. Escuchó la voz de Jaime:

—María de las Angustias.

—Cuánto has tardado, Jaime mío.

No tuvo tiempo el joven de responder. Se quedó atónito ante la expresión de terror con que María de las Angustias se incorporaba en el lecho con la mirada fija en la puerta por donde había entrado.

Se volvió con rapidez y apenas pudo darse cuenta de lo que sucedía: Alfredo estaba allí con el revólver en la mano.

Entonces él, que era valeroso, se sintió contagiado por aquella corriente de pánico que le enviaban los ojos abiertos, inmóviles, extraviados, de María de las Angustias.

No era un hombre lo que tenía frente a sí. Eran la ley y la sociedad toda hechas carne. ¡Era el marido! Sin darse cuenta, de aquel modo intuitivo y embrionario, en el que los pensamientos acudían en tumulto sin la serenidad del juicio, sentía la influencia de verse ante el marido.

No era un hombre que lo atacaba y contra el que podía defenderse. Aquel hombre calmoso y frío, con el revólver en la mano, tenía esa fuerza de la Guardia Civil, contra la que no puede defenderse el criminal. No había defensa posible; el marido fusila, no se desafía.

Por un momento quiso correr hacia María de las Angustias. Pero, ¿acaso no sería mejor dejarla con su marido? Entre el tumulto de pensamientos vagos, de cosas planteadas con la velocidad del rayo en su cerebro, no concebía que no se impusieran la gracia y el amor de María de las Angustias, que no le inspirara piedad, un recuerdo de amor a la esposa y a la madre de su hija. Creyó que tendría una compasión para ella que no le inspiraría él jamás.

Aquellos momentos en que se ha planteado la vida de ese modo precipitado, confuso, pero preciso, con que se plantea la vida en los momentos graves, le hace ver todo

el horror de su situación. No tiene armas, no está prevenido y preparado para la escena, como lo está el público que después lo ha de juzgar; pero es inútil defenderse, está irremisiblemente perdido. Si él matara no mataría en legítima defensa, resultaría un asesino con agravantes.

Suena un disparo; después, otro, otro... Un resplandor de relámpago, olor a humo de pólvora... Ha sentido pasar algo tibio silbando cerca de él. Experimenta el ardor de una quemadura en la mejilla derecha y en el costado.

Le acomete un miedo cerval, inevitable... El instinto de conservación imponiéndose a todo... Siente salir su sangre y cree que su rival lo ha matado... Entonces se vuelve, huye atropelladamente, como el ladrón que se ve sorprendido en casa ajena, loco de dolor y de vergüenza.

En cuanto llega a la calle y se serena siente el impulso de volver, de acudir al lado de María de las Angustias. Tiene la visión confusa de haberla visto caer inmóvil en el lecho, sin pronunciar una palabra, con el cabello revuelto y su hermoso cuerpo desnudo y blanco, apenas cubierto por la camisilla de encaje, y algo muy rojo en el pecho... un puñado de rosas rojas.

Entre tanto, la sangre salía de sus heridas, las fuerzas le faltaban y cayó desvanecido en medio de la calle.

IX

El fallo de los tribunales fue condenatorio para Jaime y absolutorio para el marido. Alfredo estaba incluido, por entero, en el artículo 438. Había matado para lavar su honor mancillado, en el paroxismo de la pasión y de los celos, exasperado al descubrir la traición de su mujer y de su amigo. Era un gesto gallardo y simpático en un país que conservaba el espíritu calderoniano.

Fueron inútiles todos los esfuerzos del defensor de Jaime, verdaderamente empeñado en hacer brillar la verdad. La ley, promulgada por hombres, favorecía siempre a los hombres y humillaba a las mujeres. Ningún artículo del Código les daba a ellas aquella facilidad de asesinar a los infieles; ni siquiera el funesto artículo 438 decía: «Cualquiera de los dos esposos que sorprendiera en adulterio al otro», sino: «El marido que sorprendiese en adulterio a su mujer». Era solo un privilegio masculino. Los jueces se cuidarían mucho de no quebrantar aquel principio de autoridad que era como su privilegio, la lección indirecta que daban ellos mismos a sus propias mujeres.

Alfredo no tuvo que entrar en la cárcel: puso fianza con el dinero de la muerta.

Fue en vano que se trajesen al tribunal pruebas y testigos de los vicios del marido, de sus borracheras, de su comercio con las hembras más bajas, de los malos tratos dados a su mujer y de la dilapidación de su fortuna. Todo

aquello no tenía importancia; eran cosas de hombres, sin la gravedad de una falta femenina.

Cuando el acusador sugirió que Alfredo había facilitado la prostitución de su mujer presentándole a su amigo y marchándose al extranjero, vendiendo sus derechos por la firma para enajenar las fincas, la indignación de la sala llegó al límite. «¡El pobre hombre, que se había ido a trabajar confiado en su amigo y en su esposa!».

Fue un telegrama del ama seca el que le avisó y le hizo volver para sorprender a los amantes. En vez de confiar su querella a los tribunales, se ocultó, preparando el crimen con premeditación y alevosía más de una semana, siempre con la vista fija en la impunidad que el artículo 438 le ofrecía.

El jurado, aquella institución incompleta y defectuosa, porque no formaba parte de ella ninguna mujer, sentía indignación contra el atentado a la santidad de la familia. Estaba de parte del marido, sin reparar en sus vicios y malos tratos, que eran cosa corriente entre la masa popular, en cuya atmósfera vivían.

Hasta la opinión pública, excepto una minoría de gentes de moral superior, era favorable al marido. La burguesía estúpida está siempre de parte del hombre que mata. Las mismas mujeres, en vez de estar unidas por un sentimiento humano de solidaridad de sexo y de ser comprensivas con sus propias pasiones, se ponían de parte de Alfredo, a impulso del odio y de la envidia que les inspiraba la mujer hermosa triunfante, amada. Las estúpidas,

las orgullosas de una virtud inatacada, las biliosas que no sintieron una pasión espontánea y noble jamás, y sobre todo las feas, eran las enemigas de la mujer blanca y desnuda que proclamaba con su muerte, por encima de todo, el triunfo del amor.

La moral hipócrita triunfó. Alfredo, absuelto, dueño de la fortuna de su víctima, en poder de la patria potestad para educar a su gusto a su hija, podría pasar por un hombre honrado al que no faltaría quien estrechase la mano, como no le había faltado abogado capaz de defenderlo.

Jaime, condenado a presidio como cómplice de María de las Angustias, aparecía como el culpable de todo, deshonrado, como un mal amigo y como un hombre que se proponía vivir a expensas de la fortuna de su amada. Los valores de ella, que pretendía salvar de la prodigalidad de Alfredo, constituían una acusación.

Su huida, tan justificada y tan humana, en el momento de peligro, lo hacía más impopular. Las gentes vulgares tal vez se hubiesen dejado seducir por un acto de temerario valor.

Y Jaime fue a presidio, con una indiferencia que demostraba el dolor inmenso que la pérdida de aquella mujer tan amada y tan interesante le causaba.

Vestido con la blusa de presidiario, con la cabeza rapada, revuelto en el montón anónimo de criminales, se sentía más tranquilo, casi más feliz, que en la soledad que el mundo había hecho en torno suyo.

Le parecía vivir en el penal un segundo idilio, con los recuerdos de aquella mujer y de aquel amor a los que la fuerza del crimen daba un valor magnífico.

Había puesto toda su alma ahora, de un modo definitivo, más intensamente que en su verdadero idilio, en el amor de María de las Angustias. Quería conservar eternamente, para el goce que le causaba su tormento, la visión del cuerpo desnudo y blanco, con el seno ensangrentado, que se quedó esperando su último beso.

Veía con miedo pasar los días, para volver a la libertad, porque se hacía la ilusión de que iba a volver a encontrar a María de las Angustias, y tenía miedo a verse frente a la realidad. En la libertad tendría más la certeza de su muerte. Él llevaba en su conciencia el convencimiento del crimen horrendo, de la infamia de un marido que había podido hacerlos víctimas, empleando ese arma absurda que ofrecía a la inmoralidad y la codicia aquel funesto artículo 438, vigente aún, en el Código Penal, como invitando a causar nuevas víctimas.

LOS HUESOS DEL ABUELO

I

Se despertó temprano y saltó del lecho para entreabrir las maderas del balcón y mirar al cielo.

Era terrible aquella enemistad que solía tener el tiempo con las fechas populares. Esas lluvias, de mala idea, en las verbenas, los carnavales y las procesiones, eran más temibles para Adelina en el día de los Santos; ese día de fiesta por excelencia para ella, que era la representante del muerto ilustre, al cual iba a ver al cementerio todos los años en aquella fecha.

El tiempo estaba despejado, el sol, oculto por los tejados de las casas próximas, esclarecía con el brillo de sus rayos la banda del cielo, que era como toldo de la calle. Los arbolillos desmedrados, que aparecían por encima de la tapia del jardinillo de enfrente, no movían su ramaje.

—¡Hace un día hermoso! —murmuró con un suspiro de satisfacción.

Metió en las babuchas los piececitos menudos y blancos, de un delicioso arqueado, sin cuidarse de ponerse las medias, y se envolvió en la bata de lanilla azul que tan bien rimaba con su piel de rubia y sus crenchas rojas, para llamar a las puertas de las habitaciones de su madre y de su hermano.

—¡Arriba! ¡Que hace un buen día!

Era preciso madrugar y todos lo hacían sin protesta, cosa rara, en especial en Paquito, que se recogía de madrugada, tomaba el desayuno en la cama, y no se levantaba hasta las tres.

Pero aquel día era obligatorio ir al viejo cementerio, ya cerrado, donde descansaban los huesos del ilustre abuelo, que protegía con su nombre a toda la familia.

Don Luciano de Campo Grande había sido un grande hombre en la primera mitad del siglo XIX. Una enciclopedia de arte que sobresalió en el periodismo naciente y en la poesía dramática. Sus contemporáneos le habían hecho justicia. La familia conservaba colecciones de periódicos de la época llenos de elogios al ilustre escritor.

No había fiesta, banquete o cenáculo literario en el que no figurase Campo Grande. Él leía versos en todas las ocasiones solemnes y hacía oír su opinión en todos los casos difíciles.

Daba espléndidas reuniones en su casa, donde acudían todos los artistas de la época. Allí leía él las primicias de

sus dramas, que se avaloraban en el ambiente cálido del comedor, entre los licores y el café, con el ensueño a que predispone la buena comida reciente y los vapores del champagne.

Se citaba continuamente a Campo Grande, popular en la escena y en la prensa, de modo que su vida era una fácil carrera triunfal, de la que descansaba en la poltrona de la Real Academia, o en los escaños del Congreso.

La muerte de Campo Grande fue una manifestación de duelo. Uno de esos entierros a los que concurren los escritores, los políticos y los académicos, y cuya reseña aparecía con orla negra en los periódicos.

Campo Grande dejó un hijo y una hija, Francisco y Pepita, los cuales no se enteraron de la importancia de su padre hasta después de su muerte. El varón era el mayorazgo y se preocupó más de la fortuna que de los papeles, cintas, fotografías y recuerdos que guardó celosamente la hermana.

Don Francisco, metido en negocios de Banca, se ocupaba poco de la literatura de su padre, aunque notaba que se tenía en sociedad muy en cuenta su ilustre apellido. En los versos de su padre se prendió el espíritu de la marquesita de Guayacal, ética y millonada, de la que tuvo una hija, en la que amenazaba extinguirse la rama masculina de Campo Grande.

En efecto, a la muerte de don Francisco, Matildita era ya una solterona rancia, que no había tenido juventud ni trato con las jóvenes de su edad, encerrada en su muralla de millones.

Continuó viviendo en el suntuoso palacio de Guayacal, del que solo ocupaba dos pequeñas piezas que daban al jardín, inmenso, sin flores, pero lleno de cedros, acacias y castaños, que subían más altos que el tejado.

Con una sola criada para su servicio y el de la capilla, donde venían todos los días a decirle la misa por sus antecesores, paseaba como una sombra por los grandes salones desiertos, pisando levemente los preciosos tapices entre las ostentosas sillerías cubiertas con sus fundas de crudillo, contemplando los techos ensamblados de los que pendían las grandes arañas de cristal, metidas en los mosquiteros de gasa rosa, y mirando distraída las paredes, donde, entre el encuadramiento de dorados, lucían grandes cuadros al óleo, cuyos autores no sabía quiénes eran.

En su soledad, tenía la pasión de la avaricia, que disculpaba diciendo que atesoraba para los pobres, a los que dejaría su fortuna al morir. De ese modo quitaba la esperanza de heredar, a la prima Concha, hija de la tía Pepita, la que a pesar de llevar ya en segundo apellido el del abuelo Campo Grande y de no tener un céntimo, lo explotaba para presentarse y figurar en todas partes mucho más que ella.

La tía Pepita se había casado con un poeta que, merced al nombre del suegro, logró publicar varios libros, meterse en la Academia y figurar como un personaje.

A su muerte, la viuda había tenido la habilidad de lograr que las Cortes le votaran una pensión, como hija del gran hombre, y seguir figurando con su hija en todas partes.

Matilde achacaba los éxitos de la prima a la falta de pudor, no a que fuese más guapa que ella.

Conchita vivía en el mundo sin comerse a los curas, como decía al hablar de su prima Matilde, o sin preocuparse de las cosas de Dios, como aseguraba esta.

Las pocas veces que se veían, Matilde se escandalizaba de los escotes y los trajes de Pepita, y esta salía criticando los vestidos sucios y los zapatos torcidos de la millonaria, tan severa que prohibía a las criadas las faldas cortas y los cabellos rizados.

—No envíe usted a preguntar por mí —le había dicho a su tía—; sus muchachas inmoralizan a las mías con esos trajes que no se pueden tolerar en una casa honrada.

Cuando murió doña Pepita, Matilde quiso hacer de Concha, que se quedaba pobre y sola en el mundo, su señorita de compañía, pero la muchacha se dio trazas para heredar la pensión de la madre y casarse con un industrial de buena posición, dando así a la devota tal rabieta que fue a unirse con sus antepasados sin dejarle ni un céntimo.

Concha no fue feliz en su matrimonio. Tenía la conciencia de su alta dignidad como nieta de don Luciano Campo Grande y no podía tolerar a su marido, un vulgar comerciante, que no sabía apreciar su abolengo, ni la excelsitud del literato ilustre.

Para don Eulogio era letra muerta todo aquello de la literatura. La grandeza del hombre y el talento se medían por el dinero que ganaba. Ser pobre era no tener talento ni saber lo que se pesca.

Se reía de las delicadezas y de las costumbres refinadas de su mujer, siempre atenta a la superioridad de su raza. Las disputas eran frecuentes, y como Concha tenía un gesto, algo masculino, de acariciarse la barbilla, como los hombres que se tiran de la perilla, un día se le ocurrió decir a don Eulogio:

—Mi mujer admira tanto a su abuelo, que todos los días se toca la barba para ver si le ha nacido ya una perilla como la suya.

En verdad que Conchita, a pesar de ser muy guapa, era insoportable en su calidad de descendiente del ilustre.

Todo lo que su marido hacía estaba falto de distinción. El buen hombre no podía llamar a la criada sin tocar el timbre, ni estar en la mesa sin cuello o con zapatillas, ni permitirse escupir delante de la esposa.

Esto no es una mujer —solía decir desesperado—. Me casé con un tratado de urbanidad.

Solía irse de francachela con sus amigos y con alguna muchacha alegre, en la que estimaba el lenguaje rudo e inculto, para descansar de la exquisitez de Concha.

—Necesito que digáis barbaridades —recomendaba— para pasar lo untoso del trato de mi familia. Me hace el efecto de un vaso de vino fuerte después de haber comido pringue.

Sin duda reventó de un ataque de culteranismo. Porque los dos hijos, Paquito y Adelina, eran Campo Grande como la madre, según decía Concha con orgullo.

Entonces fue cuando Concha supo explotar los huesos del abuelo.

Con el prestigio de Campo Grande consiguió las plazas del Colegio de Niños Ilustres para educar a Paquito y de Doncellas Nobles para Adelina.

Gracias al esfuerzo de Concha y de sus padres, la figura del abuelo, en vez de perderse, se había ido haciendo cada vez más importante.

Ya el yerno póstumo cuidó de la evocación que le daba personalidad en las redacciones y en los saloncillos de los teatros, como hijo político del eminente Campo Grande.

Gracias a este culto, a la influencia con que hacían que se le citara en todas ocasiones, al deseo de mantenerlo vivo, las generaciones lo iban estimando más, sin hacer una revisión seria de valores, conforme se alejaban más de él. Entraba en esa nomenclatura de nombres ilustres, que comenzando por unos verdaderamente admirables, seguía con otros, unidos a ellos, que salían a relucir por la costumbre y como si los otros, a fuerza de estar unidos, se hubiesen enredado con ellos como se enredan entre sí las cerezas.

Estaban siempre alerta, siempre prontos para contestar a cualquier artículo o cita poco considerada para su glorioso antepasado.

Era un cultivo productivo el de la memoria ilustre, pero en la época de materialismo que atravesaban era necesario apoyarla en algo real, para que no quedase solo

el recuerdo como una idea o un símbolo: había que cultivar los huesos.

Concha, que era mujer de ingenio, tomó esa tarea cuando aún vivía doña Matilde.

En una reseña del día de los Santos, un cronista aficionado a rondar por los viejos cementerios, habló del abandono del nicho del grande hombre.

Este fue el pretexto para que su nieta insertase en toda la prensa una carta sentimental, contando sus solitarias visitas, ya que su pobreza no le permitía ponerle lápida, blandones y coronas, como él merecía.

De aquí nació la idea de la primera pensión que disfrutaron. Era una mina aquella evocación del abuelo. Concha había estado en el sanatorio, de resultas del nacimiento de su hijo menor, sin que el médico director le cobrase un céntimo, gracias a la admiración que profesaba a las obras de Campo Grande, cuya edición, hecha con gran lujo por la Real Academia, tenía en su despacho, esperando hallar tiempo de leerlas alguna vez, pues no conocía más que su fama.

Con el nombre del abuelo se educaron sus hijos, tuvo una pensión para viajar el chico y la niña fue todos los años a las colonias escolares en lugar preferente.

Era un tesoro su apellido para tener relaciones. Se las disputaban en los salones, para poner en la lista de nombres ilustres a las de Campo Grande.

Hasta acudieron a un rey de armas, que mediante algunos miles de pesetas, trabajosamente ahorrados por

Concha, les hizo el árbol genealógico.

Era un prodigio como manejaban los archivos aquellos funcionarios, conocedores de los claros linajes y de los misterios de la heráldica.

Campo Grande resultaba, por línea paterna, descendiente directo de Guzmán el Bueno, y por la materna, de Santo Domingo de Guzmán.

—Un héroe y un santo —como decía conmovida Conchita—, aunque eso de la descendencia directa del fraile no dejaba de escamarla un poco.

Pero el rey de armas le certificó la ejecutoria, con la portada de pergamino, en el que se grabaron las doradas letras góticas.

Dentro, con la historia de sus famosos apellidos, estaban los escudos que correspondían a cada uno de ellos, y el compuesto de todos que tenían derecho a usar. Paquito lo llevaba en su sortija y Concha se proponía bordarlo en sus pañuelos y en su ropa interior; sobre todo si se casaba la hija con un hombre rico y podía grabarlo en la manta de sus caballos y en la portezuela de sus coches.

Se pasaba las horas mirando los centenares de partidas de bautismo llegadas de los pueblos donde vivieron sus antepasados, que les habían enviado los párrocos.

No era aquella nobleza una invención. Se recreaba en la contemplación del árbol genealógico, en el que se abrían los redondelitos de las hojas, en cuyo centro campeaban los nombres ilustres de los antepasados.

Por fortuna, no figuraban los oficios. El bisabuelo del ilustre Campo Grande se decía que era un pobre albañil y el padre se enriqueció en el comercio de ébano vivo, como llamaban a los negros.

Pero la ejecutoria de nobleza, el árbol genealógico y los escudos de armas estaban allí, ilustrados por el genio de don Francisco.

—Esto bien administrado, es un tesoro —decía ella a sus hijos—. Hay nuevos ricos que pagan a peso de oro la alianza de personas como nosotras. El día que tengamos dinero, no nos costará trabajo tener un marquesado; ¡y quién sabe si con grandeza de España!, para estar delante del Rey sin quitarse el sombrero.

Verdad es que conservar el lustre del apellido obligaba a no pocos sacrificios. Uno era aquel del día de difuntos. Ya desde una semana antes comenzaban la tarea y los preparativos. Salían las coronas de las cajas donde estaban guardadas, envueltas en papeles y oliendo a naftalina para librarlas de la polilla.

Era preciso planchar las anchas cintas y dar unos toquecitos con agua de goma y purpurina a las letras que comenzaban a borrarse en las dedicatorias conmovedoras y rimbombantes.

Cada corona exigía cuidados diferentes. Las de azabaches y vidrio se empañaban y era preciso limpiarlas bien para que volvieran a brillar. Las de amarantos y siempreviva era necesario reponerlas; las de flores de tela había que refrescarlas para que los pensamientos y las violetas

CAMPO GRANDE

lucieran sin esa marchitez de la flor de trapo, más ajada y lamentable que en los pétalos de la flor natural. Se encendían blandones en candeleras de hierro, guirnaldas de luces en fantásticos aparatos; se adornaban los ambleos; todo tenía un aspecto nuevo, luciente, que atraía la atención de los visitantes al cementerio. Pero a aquel cementerio, con el completo puesto, no iban tantas personas como a los que aún recibían huéspedes. Era como si el lugar donde podían reposar un día ejerciese una atracción a la que la multitud obedecía inconscientemente.

Siempre se hacían o se reformaban algún traje negro para ese día la madre y la hija. Uno de esos trajes, de un negro muy mate, con el que resaltan más los grandes descotes blancos y los hacen más descotes, más blancos y más grandes. Se ponían ese día los largos pendientes de azabache, que también encuadraban su belleza de rubias.

Tenían algo de triunfadoras en aquellos días de difuntos. Entraban en el cementerio regiamente, como si caminaran a los acordes de la Marcha Real, y permanecían ante la tumba como si hiciesen su guardia en una capilla ardiente.

Paquito no iba más que un momento, como si se limitara a dejar tarjeta; pero las dos mujeres se pasaban allí el día, y aunque parecían absortas en su oración, no dejaban de ver y de fisgar todos los grupos que pasaban. Unos miraban con curiosidad la ostentación de luces y flores, entre las que deletreaban el nombre de Campo Grande. ¡Con qué emoción lo oían ellas pronunciar! Se

creían que era el aura de la popularidad, el vientecillo de la gloria lo que las rodeaba. Se sentían interesantes, superiores; hubieran querido llevar una gran pena en sus sombreros para estar como más cercanas en el tiempo y en el parentesco al fallecido. Les molestaba aquella fecha tan lejana que se leía sobre la lápida.

A veces se indignaban cuando pasaban indiferentes. Esos enamorados que pasean su idilio entre las tumbas, o esos grupos que iban a comer y a beber hasta la saciedad, junto a los muertos, como si así afirmasen más la sensualidad de su vida.

Tenían que hacer un esfuerzo cuando alguno preguntaba:

—¿Quién es ese Campo Grande?

Y escuchaban la contestación brutal:

—Pues no lo sé.

—Me parece que era un escritor.

Se miraban y se sonreían, como si se dijeran:

—¡Qué gente tan inculta y tan vulgar!

Las desquitaba el desfile de sus amistades, a las que indirectamente habían invitado, como se invita para las mesas de petitorio.

Las recibían como en un besamanos, allí, fuertes en el palacio de su muerto. Crecían en la consideración de todos, y raro era el año en que la niña y la madre, que era una jamona de muy buen ver, no sacaban un pretendiente nuevo, de las coqueterías respetuosas que tenían lugar ante el nicho.

Aquel año, gracias a su reciente viudez, Concha estaba más guapa, más sugestiva, con la larga pena, que la rejuvenecía, como si hiciese más aguanosa y azucarada su belleza de albaricoque maduro. Se mostraba más lacerada por el pesar de tener que estar allí, ante el nicho carcomido, en aquel lienzo del cementerio, que amenazaba con desmoronarse y caer.

—Solo en un país como este —repetía con tristeza— sucede una cosa así.

Cuando algún amigo o admirador solícito le ofrecía:

—Tenemos que trasladar estos gloriosos restos.

Ella movía la cabeza con su dignidad mesurada, para responder:

—Yo no profanaré estos queridos huesos, que tanto respeto, como no sea para llevarlos al lugar donde, por derecho, les corresponde estar.

No tenía que explicar más. Todos sabían que se trataba del Panteón de Hombres Ilustres. Representaba para ella algo como un seguro de muerte, de que el muerto seguiría siendo gran muerto por una eternidad. Estar en el Panteón era dar carácter oficial a una gloria, que no le negaban, pero que tampoco reconocían ampliamente.

Por eso aquel año habían madrugado más, habían hecho más cuidadosa la toilette y estaban ansiosas ante el nicho: había prometido ir nada menos que el ministro de Gracia y Justicia.

Concha sabía que tanto ella como la niña le gustaban al vejete, alegrito, decidor, hombre de sociedad, que no

faltaba a ningún teatro ni a ningún banquete. Esperaba decidirlo para asegurar la gloria de la familia.

¡Con qué emoción vieron llegar a su excelencia! Saludó, tan simpático; pronunció una oración fúnebre, con tonillo de discurso aprendido para todos los muertos del catálogo de la época; habló con Paquito, como el que sabe que por la peana se besa a los santos, y se marchó ofreciendo ir a visitar a las señoras para tratar de aquel asunto de interés nacional.

Cuando se alejó, la madre y la hija notaron que la gente miraba con mayor respeto la tumba de Campo Grande. ¡Debía ser mucho personaje cuando así las trataba el ministro!

Paquito aprovechó la ocasión para irse detrás de dos lindas muchachitas, deseosas de saber quién era Campo Grande. Se perdió con ellas entre las tumbas, contándoles que el abuelo había sido un gran hombre y se parecía mucho a él.

II

Las gentes empezaban a murmurar de la asiduidad de don Facundo Castro Martínez, el ministro de Gracia y Justicia, en casa de los descendientes del ilustre Campo Grande; pero, en verdad, aquello no tenía nada de particular. Concha había sabido conservar siempre las mejores

relaciones, y además el anciano, pese a sus posturas galantes, tenía algo de contemporáneo del abuelo.

Hombre bien educado, incapaz de abusar, sentía halagado su instinto senil con el trato de dos mujeres hermosas, que lo aceptaban tiernas y confidenciales como al protector de la familia.

Gracias a él Paquito tenía un destino en el ministerio y Concha esperaba lograr el deseo, tan ardiente, del Panteón Ilustre.

En realidad, la pobre Concha había luchado mucho. Aquel mayorazgo de su familia que se había mostrado extraño a la gloria de su padre, y cuya descendencia se había extinguido en la vieja devota, que pasó la vida en la soledad, enferma, sin más sociedad que la criada ni más diversión que la misa, había sido para ella acicate y deseo de vengar la injusticia cometida con su madre y de vencer el orgullo de las ricachas.

—En la herencia, a ellas les tocó el dinero, y a nosotras la gloria —solía decir doña Pepita con arrogancia.

Ella había guardado todas las cosas del padre que tiraba el hermano. Recortes de periódicos, artículos, papeles. Un tesoro, que poco a poco habían explotado después su esposo y su hija.

Concha había hallado la manera de organizar su vida a costa de la gloria del abuelo. Pero era necesario renovarla de vez en cuando y tenerla como norma continuamente.

Había que aprovechar todas las ocasiones: aniversario del estreno de una obra o de la publicación de un libro;

de la entrada en la Academia, del primer discurso en las Cortes.

En uno de estos momentos lanzó en los periódicos la idea de la suscripción para hacer una estatua y colocarla en Villacarrillo, tierra natal de Campo Grande, donde se inauguró con toda solemnidad. Habían ido comisiones de Madrid, y toda la familia, a costa del Ayuntamiento.

La mitad de lo recaudado fue para Conchita con perjuicio de la estatua, que hizo, por economía, un escultor mediocre.

Pero allí quedaba el buen Campo Grande junto al mar, en la plaza pública, erguido sobre su pedestal, en torno del cual lloraban las musas. Estaba representado con un legajo en la mano, puesto de levita, porque entre las anécdotas, cultivadas por la familia, en esas entrevistas que se hacen con ella, a pesar de que suelen ser los que menos conocen a sus ilustres, estaba la de que don Francisco era tan correcto que alguna noche no se quitó la levita ni para acostarse y se metió en el lecho con chistera y todo.

En aquel acto conoció la gloria toda la familia; los colocaron en una tribuna, los agasajaron y los aplaudieron.

En otras ocasiones, la sombra protectora del abuelo los sacó de apuros, recurriendo a veladas en las que Adelina, vestida de blanco, escotadita, luciendo las pomas nacientes y los bracillos sin redondear, dijo versos con un encanto inocente.

Aprovechando un alcalde amigo, se puso una lápida en Madrid en la casa donde murió Campo Grande, con un

medallón y un retrato, al que no tardaron los chicos del barrio en quitarle la nariz. A pesar de eso, todos sostenían que el retrato se parecía a Paquito. A fuerza de oírlo repetir, él decía ya siempre:

—Mi abuelo era un hombre de mucho talento; se parecía a mí.

O bien:

—Mi abuelo era un moreno muy guapo; se parecía a mí antes de ponerse gordo.

Pero Adelina no estaba tan contenta. Veía que su madre comenzaba a pensar en un enlace posible con Castro Martínez, que a pesar de ser un cotorrón con aspecto de hombre irónico superior, sentía en el fondo una gran debilidad por los encantos juveniles.

—Es lo bastante vejete —decía Concha— para sentir el deseo de tener la comodidad de una casa y la gracia de una mujer bonita y distinguida a su lado.

—Pero mamá —replicaba Adelina, que no era tan inocente como le hacían parecer sus ojos ahuevados y sin expresión, esos ojos que por carecer de pensamiento parece que encierran cosas profundas—. Pero mamá, Castro Martínez tiene una querida.

—Es casada... No lo compromete.

—Él es riquísimo...

—Y tú más rica que nadie con tu apellido, ¿qué más puede desear?

—Es que yo quiero a Manolo.

—Tú no sabes lo que es querer.

—Te aseguro que sí.

—Tonterías. La ilusión en el matrimonio dura cuatro días... y la vida es larga. Por mucho que un matrimonio se quiera, sin dinero, no puede ser feliz. No hay amor que resista a la miseria, a las privaciones. Créelo, hija, donde no hay harina todo es mohína.

—Pero don Facundo no me ha dicho nada.

—Ya dirá, si eres hábil.

—¿Por qué no te casas tú? Le gustas.

—Sí, pero conmigo no se casaría... y yo me debo a nuestro apellido.

—Pues yo, a pesar de todo, quiero a Manolo. El pobrecillo se moriría si lo dejara.

—Ningún hombre se muere. ¡Valiente porvenir tendrías con él! El mío con tu padre, que de no ser porque tuve disposición ya nos hubiéramos muerto todos en un hospital.

—Exageras.

—Digo la verdad. Tú eres una bobita que no sabes lo que vale el dinero. ¡Ahí es nada ser la señora de Castro Martínez, con coche galoneado y todas las comodidades!

—Al lado de un viejo.

—Los hombres no son viejos nunca.

Así acababan todos los días las disputas sin que ninguna de las dos se diese por vencida.

Sin embargo, la madre iba ganando terreno. Había logrado que Manolito Montenegro no asistiera a la reunión que daba semanalmente.

—Es usted demasiado expresivo con Adelina —le había dicho—, para no parecer ante todos como su novio. Se ve a la legua que los dos se aman.

—¿Y qué mal hay en eso, señora?

—Que yo no quiero que mi hija tenga un novio oficial mientras no sea una cosa seria.

—Ya sabe usted, doña Concha, que yo pienso seriamente. El año próximo, en cuanto ascienda, nos casaremos.

—Pues, hasta entonces, demos tiempo al tiempo. Puede usted visitarnos, como amigo, los días que estemos solas, en mayor intimidad.

Los dos novios tuvieron que resignarse y, aunque Concha le prohibía a Adelina todo visaje, siempre encontraba esta medio de escaparse de sus tertulias para darle un apretón de manos o una cartita, que calmaban los celos del enamorado, a través de la reja.

—Si no te quieres casar —le decía la madre, desesperada de su terquedad—, espera, al menos, que le saquemos a Castro Martínez el traslado de los huesos del abuelo y luego puedes hacer lo que te parezca.

III

Aquella tarde había reunión en casa de las de Campo Grande. Aprovechando el pretexto del calor que se dejaba sentir ya en mayo, Concha tenía abierta la ventana para

disfrutar el espectáculo de tantos coches de lujo parados delante de su puerta. Su mirada se detenía con deleite en el auto de lacayos galoneados, el auto de todos los ministros, que era entonces el auto de Castro Martínez.

Verdaderamente era admirable la obra de Concha para levantar así, sin dinero, el prestigio del nombre de su familia. Tenía que estar siempre atenta a conservar su rango; sin tratar más que con gentes de alcurnia, bien consideradas y que no se mezclasen con ellas, en sus reuniones, los descendientes de otros ilustres con los que necesitaba estar siempre en contacto.

Porque aquellas familias, quizás, obedeciendo a un mismo sentimiento, se conocían todas entre sí. Para un observador, eran como familias marcadas por una dolencia constitucional que les producía una tara, una palidez, una cosa como de enfermos del pasado. No podía explicarse la sensación. Era una cosa como de enfermos por influencia de un muerto que tomaba parte de su materia para vivir.

A veces, entre los ascendientes, hubo riñas, celos, desafíos, enemistades ruidosas; y, aunque estas no separaban ya a los descendientes, contribuían a afirmarlos más en que su muerto era superior a los muertos de los otros. En esto eran todas irreductibles. Los que más brillaban eran los que tenían descendientes más intrigantes, no los que valieron más.

Se tenían celos y se espiaban para conspirar y lograr un artículo, una entrevista, un honor antes que los otros.

Se indignaban de que la prensa no daba una atención constante a los antepasados. Creían que la envidia de los jóvenes tenía prisa de enterrar, de quitar de enmedio, a las glorias antiguas.

Quizás pensaban así por su propia experiencia, ellos que estaban aplastados por la gloria de sus muertos. No podían ser más que descendientes. Parecía que necesitaban poner en el padrón: Profesión, «Descendiente».

Si uno era buen pintor comparado con los de su tiempo, la envidia lo comparaba con el abuelo y distinguía sus nombres con los adjetivos de «El bueno», aplicado al antepasado, y «El malo», aplicado a él, injustamente.

Estaban siempre bajo la tutela del muerto. No podían atreverse a pintar, a escribir, a esculpir o componer música, sin estar anulados de antemano por la comparación. Las críticas estaban hechas con el patrón cortado de la degeneración de las familias.

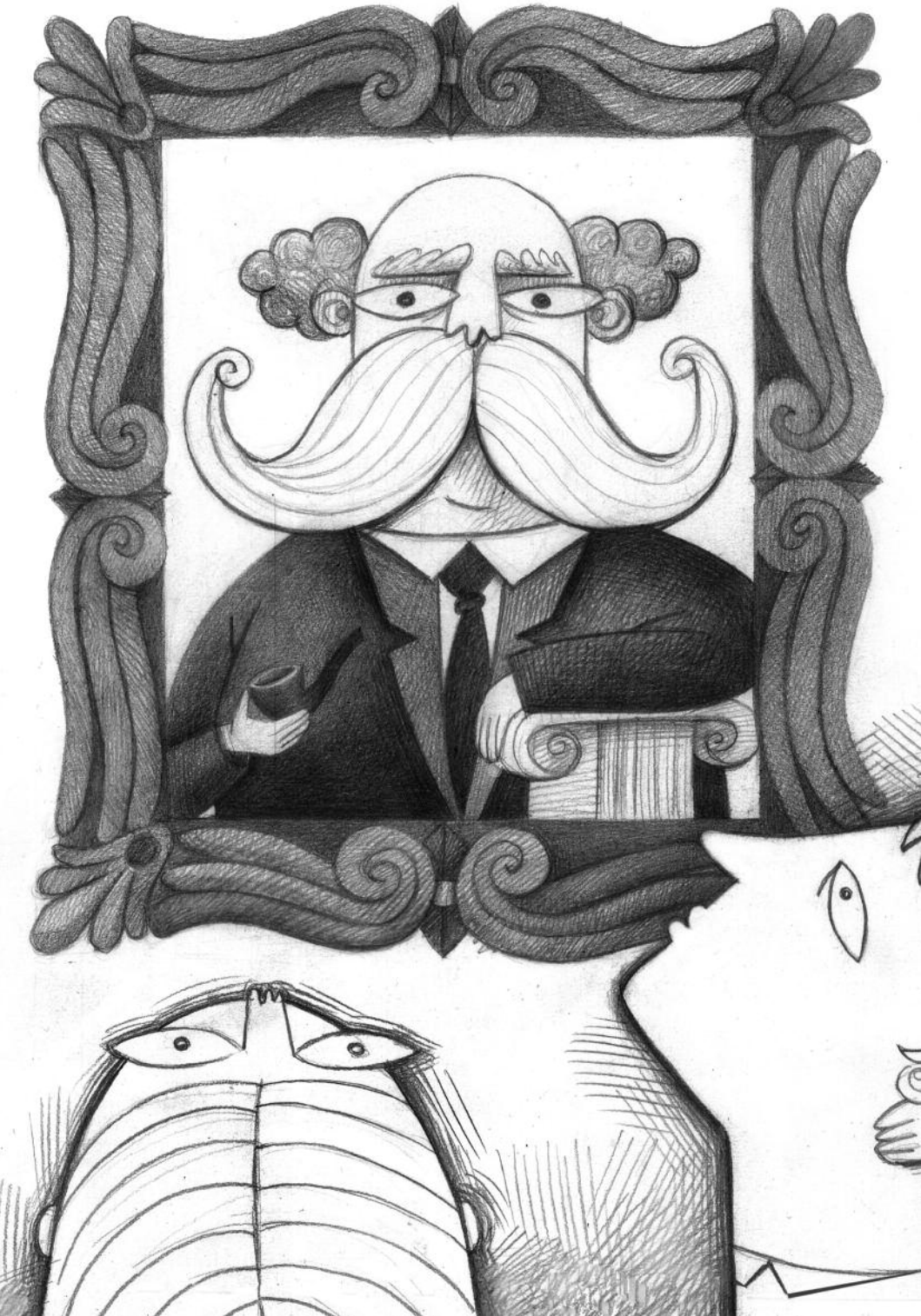
Hasta en su vida privada había que estar atentos a no empañar la gloria del ilustre.

Sobre todo no podían trabajar, ni llevar cuentas como las personas vulgares. Los tentaba a todos el arte, ser músicos, artistas, pintores, pero nada más.

Los que no tenían fortuna, preferían pedir a sus conocimientos, empeñar y trampear, antes que descender a trabajar o tener un empleo.

—¡Qué diría el abuelo si levantara la cabeza!

Concha era de la aristocracia de los descendientes. Ella tenía un concepto de su superioridad, del que era celosa.



Censuraba a la hija del escultor Marsilla, tan desarreglada haciendo gala de su bohemia de ilustres. El día que tenía dinero se daba un banquete la familia, champagne, langosta, caviar y cuanto encontraban de exquisito en el mercado. Luego venían los días de ayuno, de acostarse sin comer nada más que lo que tomaban en los tés.

Mandaban a empeñar ropas, sábanas y colchones y luego recurrían a los admiradores del padre para que se los sacaran del Monte de Piedad, pregonando su miseria sin pudor ninguno, a pesar de tener cuatro hijos varones, que no podían trabajar en un oficio, sin menoscabo de su gloria.

Era bastante corriente aquello entre los descendientes. Los del pintor Nogales, del dramaturgo García, del músico Sánchez..., todos explotaban su situación de privilegio a costa de los antepasados.

La viuda del poeta Valarino era un caso abominable. Tenía en la buhardilla, entre los trastos viejos, los versos aún inéditos de su marido, cartas, coronas y hasta retratos, con autógrafos de príncipes y monarcas, sin hacer caso de ello para nada.

—¿Cómo podrá un hombre de talento casarse con una bestia así, incapaz de comprenderlo? —solía preguntarse Concha—. Les está bien empleado, porque se casan, dominados por la lujuria, con el primer montón de carne que encuentran.

Las de Pino Hermoso eran, no solo un caso de indiferencia para el gran novelista que fue su padre, sino de hostilidad.

—Tuvo la habilidad de no dejarnos un cuarto, con una honradez estúpida —decían con rencor—. Nos hubiera hecho falta menos gloria y más dinero.

Igual les pasaba a las de Rodríguez.

—Nuestro padre, con su música y con su gloria no se cuidó jamás de nosotras —decían—. Nunca nos dio un beso. Era una fiera para la familia.

Había el caso de los de Marchán, que medían la gloria del bisabuelo por los millones de reales que había ganado. Amadito, un pollete aristocrático, solía llevar en la cartera, para enseñarlo, el balance de los ingresos, que el ilustre tuvo la paciencia de hacer, y humillaba con sus millones de reales a los que no cosecharon más que gloria.

Eran pocos los casos de la discreción de Rosita, la descendiente del poeta Márquez, que hacía de la memoria del padre un culto silencioso para guardarla en su espíritu como en un santuario, siempre llena de ternura filial y sin explotarla jamás.

Era a esa a la que le tenían más odio, porque, con su conducta ponderada, hacía más notable el contraste de sus egoísmos y ridiculeces.

Tipo había que, sin perjuicio de enorgullecerse de su alcurnia, cuando les convenía, ocultaban celosamente todos los detalles de sus antepasados, en cuya moral había alguna mancha.

A casi todos les molestaban las abuelas. Las esposas de los ilustres no hacían el mejor papel. Quedaban, por lo menos, en un plano inferior, reducidas a una especie de

gobernantas que no participaban de la gloria del esposo. Se quedaban anuladas por ellos hasta ante la misma familia.

Además, era peligroso investigar en las abuelas, ya por una cosa, ya por otra.

Conchita no gustaba de hablar mucho de la suya, y eso que no había sido de las que pusieron en ridículo al marido por su infidelidad. Algunas hubo que abandonaron al genio y hasta a sus hijos por un hombre grosero y vulgar.

Su abuela no era de esas, pero no era chic. Procuraban mencionarla solo de pasada, con su frase hecha: «Una esposa virtuosa y bella». «La ejemplar compañera de su vida». Bastaba con eso.

Pero les molestaba que les hablasen de ella. Los descendientes rivales guardaban el recuerdo de que doña Juana fue una criada de los padres de don Francisco Campo Grande.

No debía ser mujer sabia, porque cuando su marido llegó a académico ella aprendió a leer; y se interesaba tanto por las grandes ideas que en las comidas o en los bailes a que don Francisco tenía que ir acompañado, por exigencias protocolarias, ella solía preguntar de pronto, poniendo en un compromiso al interlocutor:

—¿Qué piensa usted de lo inmanente?, o: ¿A qué escuela filosófica está usted afiliado?

La meticonería que había heredado Concha.

Aquella tarde, Concha se sentía feliz. Nunca había sido su reunión tan numerosa. Se veía el influjo de sus relaciones con el ministro Castro Martínez. Venían por

primera vez muchos aristócratas a los que ya conocía de encontrarlos en sociedad, pero que no la habían visitado; y les habían presentado otras damas y caballeros. Todos personas distinguidas.

Para que no quedase nadie sin enterarse de la carta que, por mediación de Castro Martínez, le había escrito aquella tarde el presidente del Congreso, Conchita había tenido que leerla ya más de treinta veces. Su excelencia le ofrecía interesarse en el traslado de los restos del ilustre muerto y tenía palabras lisonjeras para el talento y la belleza de la madre y de la hija, repitiendo la vulgaridad de las facultades heredadas y de tal palo tal astilla.

Resultaba muy elegante aquella reunión en la linda salita del piano, llena de almohadones y flores, con trapitos bordados y cintitas rosas, desde cuyo testero principal presidía el retrato de Campo Grande, embutido en su levita, con su gran perilla y la cara pálida hasta la amarillez, por la decoloración de la pintura, que perdía los tonos de carne para tomar los tonos de cera.

Allí estaban coronas del difunto, diplomas y medallas, en la vitrina, la casaca de académico con las palmas bordadas y el espadín cerca de la banda de ministro. No faltaba un gran guante de cabritilla que se quitó para firmar el célebre manifiesto de Octubre y la pluma de oro que empleó.

El cajón del entredós estaba lleno de cintajos y de autógrafos de don Francisco, de cartas de amigos suyos que llegaron a ser célebres. Eran las cosas que se sacaban y se

enseñaban los días de gran recepción y que les servían de credenciales para presentarse ante las nuevas relaciones importantes.

Adelina estaba encantadora con el traje fresa, que le sentaba bien a su belleza de rubia bobalicona, de tez lechosa.

Lo habían hecho entre su madre y ella por un patrón cortado de *La Moda,* pero le había puesto una etiqueta de un gran modisto para no confesar que era factura de Mú-dame Manasas. Era Adelina, con ayuda de dos amigas jóvenes, la que servía el té; pero antes había salido un cuarto de hora de la sala para ir a la cocina a hacer unos buñuelitos especiales, que no sabía hacer nadie como ella y la mamá quería que los probasen sus invitados.

—No debía yo decirlo —confesaba—, pero es una alhaja esta hija mía. Todos los sandwiches, las pastas y hasta el plum-cake están confeccionados por ella. Tiene unas condiciones de mujer casera que encanta.

Todos asentían, cumpliendo la obligación de engullir doble ración de las apetitosas golosinas hechas por las manecitas de la biznieta de Campo Grande.

¡Se prestaba a tanto *flirt* y coquetería un té así! La primera taza, haciendo abstracción de las damas, fue para el señor ministro, que rebosaba contento viéndose tan mimado. Concedía gran importancia a todo aquello, y se dejaba deslumbrar por el brillo de la ilustre alcurnia, recordando los sencillos aldeanos que fueron sus padres y lo mísero de su infancia. ¡Tenía cerca de veinte años cuando vio por primera vez un cepillo de dientes!

Paquito se sentía feliz entre un coro de chicas que se lo rifaban por su parecido con el bisabuelo y por la esperanza de lo que podría llegar a ser un chico a cuya casa iban a tomar el té los ministros.

Su excelencia se entretenía en ver el gran álbum de retratos en daguerrotipo y de las primitivas fotografías. Todas pequeñitas, de fondo claro, por lo general, con figuras de cuerpo entero —porque el perdonar el salir todas enteras fue una conquista de la costumbre de retratarse— muy perfiladas y muy vestidas. Ellos, con la chistera y los guantes puestos, y ellas, con las mantillas, los chales y las capotas. Era uno de esos álbumes que parecen dar abolengo aristocrático a sus poseedores y que compran en el rastro los nuevos ricos.

Toda aquella colección de retratos de muertos daba la impresión, por su amarillez, de que se habían retratado después de morir. La época les daba a todos un aire de familia. Se advertía cómo con la moda cambiaba el tipo físico. Era una contextura diversa de la actual la de aquellos hombres enjutos y algo ascéticos y la de aquellas mujeres de anchos hombros, senos opulentos y cuerpos en forma de ánfora.

Había siempre un deseo de saber ante el enigma de aquellas personas que vivieron y quedaban así inmovilizadas y mudas.

Castro Martínez preguntaba con interés, y Adelina sentía cierto orgullo al responderle que aquel caballero con el hábito de Santiago, que parecía salir del baño, era

su tío; que la dama del collar de perlas era su tía, que la otra, tan hermosa, era su abuela. La enseñaba con gusto al verla tan guapetona con el mantón de flecos, el velo encima y el libro de misa en la mano. Tenía un aire de solemne distinción.

Conchita tendía sobre la niña una lánguida mirada maternal, deseando sorprender las emociones que causaba a Castro Martínez y veía con disgusto cómo Adelina se distraía, mirando sin cesar hacia la calle con la inquietud de que Manolo la viese en aquel *flirt* por la ventana abierta.

—Se parece usted a su abuela —dijo, queriendo ser galante, Castro Martínez.

La joven levantó sus hermosos ojos ahuevados, como ojos de muñeca de cristal, y los fijó sin expresión en el personaje.

—¡Qué ojos tan hermosos y tan limpios! —siguió él, bajando su fuerte vozarrón—. Parece que en ellos resbala todo lo que miran. Por eso me gustaría mirarme en ellos.

Esperaba una contestación; pero Adelina había visto pasar a Manolo por la acera de enfrente en aquel momento preciso de la mayor infidelidad. El corazón le dio un vuelco en el pecho, con un movimiento de pájaro asustado. Todo su amor se levantó imperioso con el miedo de perder a su novio o de causarle una pena, y, sin reflexionar ni darse cuenta, soltó el álbum y escapó corriendo, con gran susto de la madre, que no sabía qué hacer para disculparla.

Pero Castro Martínez sonreía ante lo que creía huida de la inocencia asustada, mientras Adelina le hacía señas a su novio desde la ventana de la alcoba.

Cuando se despidió besó respetuosamente, con un beso filial, la perfumada mano de Concha y le dijo:

—Esta misma semana arreglaremos lo del traslado del abuelo.

IV

Habían llegado al momento de la suprema apoteosis de la familia, aunque no tal como Concha había deseado. Castro Martínez había tropezado con dificultades insuperables para llevar el cadáver al panteón de ilustres, pero había concedido un crédito para elevarle un mausoleo en Villaseca, su tierra natal. Concha se daba por satisfecha, salvando así de un desaire el cadáver del abuelo. Tener panteón propio en la tierra donde se ha nacido disculpa de no estar en el de Hombres Ilustres. El muerto retirado a su provincia tiene algo de esos grandes señores que se retiran de la corte llenos de puritanismo, para vivir en la aldea sin contaminarse. Eso los ennoblece y los acrisola más.

Sentía Concha cierta satisfacción ya con el retiro del abuelo, con el reposo definitivo del cadáver ilustre. Los huesos así honrados le conservarían el prestigio a la familia y

la dejarían descansar. Ella aseguraba ya su suerte y dejaba de luchar con la influencia de las del pintor Argüelles, del escultor García, del poeta Rodríguez, del general Romero y todas aquellas gentes que intrigaban y removían huesos de antepasados.

Villaseca le iba a votar una pensión con pretexto del traslado de los restos gloriosos, y eso aseguraba su vida. En esa ocasión se verificaba la apoteosis final. Iba de Madrid una verdadera romería de políticos y de artistas. Representaciones del Centro de Hijos Ilustres, del Círculo de Artes Bellas, de las Academias, del Gobierno. Se dejaba sentir la influencia de Castro Martínez, hombre de porvenir en la política, al que todos querían adular.

Adelina había de leer y declamar en las veladas solemnes que se verificarían. No cabía duda de que una gran parte de aquella gloria, recaía sobre ella, y así como Paquito debía aprovechar para el ascenso ya prometido el parecido con el abuelo, ella debía decidir entonces por el ministro o bien no perder la ocasión de la boda con Manolo, protegido de su excelencia.

Sin embargo, Concha no estaba tranquila, tenía una especie de presentimiento, no desprovisto de fundamento en vista de lo que todos contaban de aquel cementerio ruinoso y abandonado, del que no se cuidaba nadie.

Cada día se derrumbaban nuevos nichos y se perdían nuevos muertos. Estaban los huesos tirados en las calles de la macabra ciudad, que todos los silenciosos vecinos parecían querer abandonar, según el trasiego de cadáve-

res que se llevaban continuamente de allí los que se preocupaban de poner a un antepasado a cubierto de aquella desdicha póstuma.

—Los sepultureros —decían algunos— regalan a los que se los piden una tibia o un cráneo sin dificultad ninguna.

Aquello hacía que los cadáveres perdieran su autenticidad, que se desconfiara de ellos, como en esas novelas en las que, después de una larga ausencia, el criado suplanta al hijo de la duquesa o la nodriza cambia los niños.

Se miraba con desconfianza al gran hombre que salía de allí, como si le preguntaran:

—¿Serás tú este?

—Esas son tonterías —decía Concha indignada—. Nadie va a pedir calaveras ni huesos para tener el gusto de guardarlos. Ya no falta más que decir que los echan al puchero.

Pero lo cierto era que la muerte seguía su obra destructora matando muertos. Cada día caía un trozo del cementerio. Muchas veces las pobres mujeres habían acudido llenas de angustia al leer en *El Liberal*, parte integrante del desayuno de todo buen español, que había un nuevo derrumbamiento. Lo único que les daba esperanza de que se sostuviese hasta el deseado día era que la parte ocupada por Campo Grande era la más entera. Su nicho no era dudoso.

Estaba tan cuidado y blanqueado que no se confundía con ningún otro.

—Es que desde pequeña he tenido costumbre de ir con mis padres todos los trimestres a cuidarlo y ponerle

flores. Lo mismo le he enseñado a mis hijos. Así, tamañita, era Adelina y ya la subíamos en brazos para ponerle flores al abuelo.

V

Gracias a todos aquellos pasos que doña Concha tenía que dar para arreglar el asunto del traslado de su prestigioso difunto, los dos enamorados tenían tiempo de verse.

Adelina salía todas las tardes a dar una lección de piano y de canto con el maestro famoso, profesor del conservatorio, porque la madre deseaba que tuviera una educación de adorno que le permitiera brillar en los salones.

—Cuando no se puede dejar dinero a los hijos —decía— hay que procurar que tengan una educación que les sirva de dote.

Pero Adelina no podía pasear con su novio como otras muchachas a las que nadie conoce, y que no se comprometen.

—Si yo fuese la hija de doña Petra Pérez o López —decía, sintiendo ya su orgullo de descendiente—, podría hacer lo que quisiera sin llamar la atención, pero los de Campo Grande somos demasiado conocidos.

Así la pobre muchacha luchaba entre los impulsos de su amor y el deber que le imponía el apellido. Sobre todo

las tardes que la madre confiaba en Paquito para que fuese a buscarla.

—Mejor es que te marches sola, hermanita —decía el joven—. Tú eres juiciosa, y no me necesitas.

Y como ella no se oponía, sintiendo el placer del peligro, él escapaba para reunirse con sus amigos o con las muchachas que cortejaba.

El ilustre apellido le había llevado, como cosa fatal, a la redacción de un periódico de segundo orden, y su primer cuidado como periodista había sido ir al teatro, entrar entre bastidores, y tratar de seducir a las coristas y las partiquinas con el deslumbramiento de los reclamos.

Aseguraba en su casa que la vida de periodista lo tenía atareadísimo, tanto que no le daba tiempo de nada; se pasaba las noches sin dormir, y tanto faltaba a la oficina, que a no ser por la influencia de Castro Martínez, que hizo que lo agregasen a una secretaría de ministro, lo hubieran dejado cesante. Y eso que a pesar de creerse un puntal en la redacción, no escribía más que sueltecitos de contaduría, hechos en colaboración con los representantes de las empresas.

Le encantaba su papel de periodista, mimado por todas las pobres muchachas, ansiosas de ver impresos sus nombres, y por estar entre ellas descuidaba a la hermana.

Y Adelina era feliz cuando sentía que le palpitaba el corazón de miedo, de verse sola en la calle, entre las sombras del anochecer, para volver a su casa.

Le daba vergüenza de que pudieran verla así, sola y a pie, sus aristocráticas amigas.

Cada hombre que la miraba o la seguía le hacía temblar de miedo. A veces apretaba el bolsillo contra el pecho, dudando si la seguía un enamorado o un carterista.

La aparición de Manolo tenía siempre un carácter épico. Los importunos se alejaban y ella se sentía feliz, tranquila, al lado del joven.

Para evitar que los vieran se iban desde la glorieta de Bilbao por las calles más solitarias, en las que tenían menos peligros de encontrar personas que los conocieran. En aquellos paseos solitarios se sentían más enamorados, más unidos.

A veces, entre las sombras del anochecer, Adelina se apoyaba en el brazo de su novio y prolongaban su paseo hacia los Cuatro Caminos o hasta la entrada del parque del Oeste. Perdido el miedo, olvidados de todo, los dos jóvenes hacían planes para el porvenir.

Era ideal el ambiente de aquellas tardes otoñales en el romántico parque, pisando la alfombra de las hojas secas, tan emocionantes por la asociación de ideas de su caída con la muerte de los débiles, los enfermos, que caían en esos otoños en el sepulcro, como hojas marchitas del gran árbol de la humanidad.

Aquel chasquido de quebrarse bajo sus zapatitos daban la sensación, irrazonada, de oír los suspiros últimos de las pobres vidas rotas.

La sensación de la muerte animaba más su deseo de vida, y los dos jóvenes se unían más el uno al otro bajo la espesura del ramaje de los árboles, esclarecido en su parte superior por la luz fría de la luna que dejaba adivinar su calidad de piedra, allí en medio del gris pizarra del cielo, tan aplomado y tan pesante.

La pasión exacerbada de Manolo acosaba a su novia.

—Si me quieres es preciso que no hagas caso de tu madre y que no vuelvas a hablar con Castro Martínez.

—¿Pero tú crees que yo puedo sentir cariño por ese hombre de bocaza innoble y grandes barbas?

Aunque algo le tranquilizaba oírla denigrar así a su rival, Manolo no se daba por convencido y seguía martirizándola con sus celos.

—Te vendrás conmigo y no volverás más a tu casa —le proponía una tarde.

—Estoy seguro de que me engañas y me voy a suicidar en tu presencia —le decía otra.

Ella se esforzaba por convencerle, con lágrimas, ternezas, caricias, besos...

Era menester que la madre estuviese completamente dominada por la ambición para que no conociese el giro que habían tomado los amores de la hija, viéndola pasar las horas absorta en su ensueño y en el recuerdo de las emociones y la revelación que tenían para ella los paseos con su novio en coche, que habían sustituido a los románticos paseos a pie.

Sin embargo, la joven no se atrevía a negarse a secun-

dar los planes de la madre para asegurar su posición con el triunfo definitivo de los restos de su antepasado.

Trataba de convencer a su novio para que tuviese paciencia y esperase el desenlace de la comedia.

—Tú no hagas caso de nada —le decía—, te he recomendado como hermano de una amiga mía, y estoy segura de que te van a ascender. En seguida lo dejamos con la boca abierta y nos casamos.

—¿Pero y tu madre?

—Ella pesca su pensión y no se preocupa más de nada. Así no me necesita y podemos vivir solitos y felices.

Aquella promesa de librarse de la suegra era lo que más contribuía a la resignación de Manolo. Había veces que creía ver en su novia miradas, sonrisas, acentos, que recordaban a su mamá.

Parecía que con la convivencia el espíritu de doña Concha iba ganando a Adelina, que se convertía en un remedo suyo.

—La verdad —decía Manolo, un poco atemorizado del parecido— que no me seduce casarme con Adelina y al cabo de unos años, encontrarme con otro ejemplar de mi suegra en casa. Me suicidaba.

Pero como la muchacha le gustaba, seguía disfrutando sus amores, con la esperanza de que aquello no ocurriría, librándose a tiempo de la influencia maternal: que no se contagiaría de madre.

VI

Pero la catástrofe llegó. Y llegó con una mueca burlona cuando faltaban ya pocos días para la traslación.

Por lo mismo que aquella ala del cementerio era la más resistente, el derrumbamiento había sido mayor.

Al caer la pared se habían partido las lápidas, se habían roto los ataúdes, se habían mezclado y confundido los huesos.

Quedaban algunos cadáveres, aquí y allá metidos aún en la caja, por entre cuyas tablas podridas asomaban como los muñecos de las cajas de sorpresa.

En lo alto de un nicho se asomaba una calavera con un gesto macabro, como si observase, curiosa, lo que hacían las vecinas.

Era un montón de escombros, de una obra ennegrecida, reseca, carcomida, de un yeso descascarillado por una especie de polilla que había corroído por igual las piedras y las tablas.

Se veía a las familias buscar ansiosas. ¿Cómo conocer ya aquellos restos? La voz de Concha lo dominaba todo. Allí, ante aquellas ruinas, de las que se exhalaba un polvo tenue que daba miedo respirar, ella hacía remover el montón de escombros para llegar a descubrir el que le interesaba.

Al fin, un montón de huesos deshechos y de tablas rotas apareció. No había duda de que aquel era el cadáver

de Campo Grande. Lo decían los jirones del traje que se conservaban, un zapato de charol unido al pie izquierdo, y tan brillante y estirado como si hubiese estado metido en la horma, y la pechera de la camisa, con un primor de pliegueecitos rizados que recordaba los ornamentos de iglesia.

Pero era preciso que no quedase duda de la autenticidad. Castro Martínez envió su secretario, se hizo venir un notario amigo de la familia. Había que levantar acta para depositar el cadáver en un edificio del Estado hasta su tan próxima traslación.

A pesar del desastre, Concha parecía haber triunfado, a no ser por la perspicacia del cronista del cementerio, que tuvo la mala ocurrencia de fijarse en que la tibia derecha del cadáver no era igual de larga que la izquierda.

—No han hecho ustedes bien las parejas —advirtió.

Y sin hacer caso del furor de Concha siguió escarbando en el montón de huesos metidos apresuradamente en aquel cajón.

—El señor de Campo Grande tiene tres fémures y dos esternones —dijo.

¡Y lo peor es que todo aquello se publicó, con fotografías!

¡Era la ruina de la familia! El recuerdo glorioso se había amparado de tal modo en el cadáver, que su desaparición dejaba a la familia huérfana. Era entonces cuando se verificaba la verdadera muerte del abuelo.

Había en todo aquello como una burla, una terrible venganza póstuma.

La traslación se hizo a cencerros tapados. Castro Martínez no volvió a visitarlas y, para colmo de males, Manolo rompió sus relaciones con Adelina, atribuyendo a su intervención el que, en vez de ascenderle, lo dejasen cesante.

Para aquellas desgraciadas acababa toda su influencia y toda su importancia al desaparecer el prestigio de los huesos del abuelo.

Clásicos escolares

Novelas cortas recoge tres relatos de la vasta producción de la escritora andaluza Carmen de Burgos, que publicaba en los más importantes periódicos y revistas nacionales a principios del siglo XX. «La mujer fría», «Los huesos del abuelo» y «El artículo 438» responden perfectamente a la constante temática que desarrolla la escritora en toda su obra: la denuncia de la situación de desigualdad de la mujer en la sociedad española de su tiempo, cuya rémora aún es palpable en nuestros días. Con una prosa sencilla y clara, que recuerda a los populares folletines de la época, Carmen de Burgos utiliza la literatura para desvelar y mostrar una lacra y la dirección de una lucha que aún no ha terminado.

Carmen de Burgos (Almería 1867-Madrid 1932) luchó toda su vida por la emancipación social y sexual de la mujer. De familia de terratenientes, estudió Magisterio en contra de sus padres y del medio social en el que había nacido. Abandonó a su marido y marchó a Madrid convirtiéndose en educadora, periodista y escritora de implacable pluma. Primera mujer corresponsal de guerra, trabajó en los mejores y más importantes periódicos de su tiempo. Autora de más de doscientos libros, uno de sus seudónimos más utilizado era «Colombine». Su obra fue prohibida en su totalidad por el régimen del general Franco, convirtiéndola en una desconocida, hasta bien entrada la década de los setenta.

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN